

BOLSALBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

CADAVÉR CON FALDAS

Mark Halloran



CADAVER CON FALDAS

MARK HALLORAN

Colección
PUNTO ROJO n.º 829
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

732. — Los muertos viajan.

En Colección ASES DEL OESTE:

593. — Un «Colt» en la sombra.

En Colección PUNTO ROJO:

820. — El sentimental.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 1.197 — 1978

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: marzo, 1978

© Francisco Bruguera — 1958

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Mora la Nueva, 2.

Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

CUANDO Dudley J. Chase llamó por teléfono para anunciar con voz entrecortada que temía haber matado a una mujer, Johnny Stokes estaba precisamente pensando en él. Pensaba en él con mucha frecuencia. En realidad, y desde hacía más de un mes, Chase había bloqueado su horizonte, trastocado su vida, minado sus convicciones y desviado el curso de su destino.

En el momento de sonar el teléfono se hallaba Johnny Stokes tendido en la cama de su nuevo apartamento de Lakeview Bulevar, enfundado el pijama, pero, aunque era muy tarde, sin dormir aún. Dudley J. Chase tenía la culpa de su insomnio. La tenía también de que hubiera trocado su oscura habitación en el Redmount Hotel por aquel pisito ultramoderno, confortable, limpio, luminoso, dotado de aire acondicionado y de todas las comodidades apetecibles; la tenía de que hubiera trasladado su oficina, antes situada en la vetusta Horniman House, al rascacielos del La Java Building; la tenía de que hubiese cambiado su zarandeado «Chevrolet» del 52 por un modelo blanco y verde 1958.

Era esto, eran los beneficios materiales, el desahogo, el incremento de su cuenta bancaria, lo que a Johnny Stokes no le dejaba dormir. La curva de su progreso había alcanzado un punto crítico. Un hombre puede conseguir dinero, influencia, posición social o lo que guste procediendo de varias maneras; una de las maneras consiste en, si encuentra comprador, venderse a sí mismo. Ideales, escrúpulos, antiguos y queridos hábitos, hala, todo a paseo con tal de satisfacer la ambición.

A medida que el tiempo transcurría y su estado económico mejoraba, Johnny Stokes tenía más vivo el sentimiento de haberse vendido a Dudley J. Chase; de haberle vendido su libertad, su alma, demasiadas cosas. El coche nuevo, la oficina nueva y el departamento nuevo eran, a este precio, sumamente caros.

Precisamente cuando Chase llamó para decir que temía haber matado a una mujer, aquella misma madrugada, Johnny había sentido en su conciencia el imperativo inaplazable de decidir entre volver a la mediocre, libre y tranquila existencia anterior, o seguir soportando las doradas chifladuras del viejo y apechugar a toda costa con el papel de detective de adorno.

Naturalmente, la llamada telefónica iba a alterar el panorama por

completo. No a mejorarlo, a alterarlo nada más. Pero ya esto pertenecía al futuro.

Un día, entre cuatro y cinco semanas antes, Johnny había recibido la visita de Chase en su oficina de Horniman House.

—He venido a usted por consejo, casi por orden, de mi socio Howard Stopleton —declaró, después de haber puesto en el examen de Johnny la misma sorpresa y el mismo desdén que hasta entonces dedicara a la oficina—. Necesito contratar los servicios de un detective privado.

Johnny cerró los ojos. Desde que estableció su oficina no había tenido más que un cliente: la Sartorius Continental, una compañía de seguros de tercer orden. De ella procedía todo el trabajo y todo el dinero ganado hasta entonces, menos que escasos ambos. El dinero en particular. A lo largo de aquel período, en ningún momento había conseguido Johnny sostenerse con sus solas ganancias. Recurrió a sus reservas. Sus reservas se agotaban ya.

Abrió los ojos y dijo:

—¿De qué me conoce ese caballero?

—No se lo he preguntado.

—¿Tiene alguna relación con la Sartorius Continental Insurances?

—Que yo sepa, ninguna.

Johnny miraba a Chase fijamente.

—Le escucho, señor.

Todavía dudando, el visitante introdujo la mano en el bolsillo lateral de su chaqueta, sacó un papel doblado, lo extendió sobre el escritorio y lo alisó. El detective seguía con la mirada el movimiento del ópal.

—Lea esto.

El papel tenía un texto escrito con torpes mayúsculas, cuyo sentido venía a ser el siguiente:

«Diviértete ahora que puedes. Los días que te quedan son ya pocos. Pronto habrá una alimaña menos en la tierra.»

Las letras eran temblorosas, como trazadas por alguien no acostumbrado a escribir, y abundaban las faltas de ortografía.

—He recibido diez u once más —explicó Chase a media voz—. Este, el último, llegó anteayer.

—¿Por correo?

—Sí.

—¿Tiene él sobre?

—Lo tiré. Era basto, de mala calidad, como el papel. Me han dicho que una docena de hojas y sobres de esta clase pueden adquirirse en cualquier parte por unos centavos. Llevaba matasellos de la central. La hora, once de la noche.

—¿Chicago?

—Sí.

—¿Y los anteriores?

—Todos Chicago. Distintas horas y matasellos, pero el mismo papel.

—¿Los recibió recientemente?

—A intervalos irregulares desde hace cosa de un mes. En una u otra forma, todos formulaban amenazas de muerte.

—¿Los conserva?

—No.

—¿Para qué desea mis servicios? Si se trata de averiguar qué persona...

—¡Oh, no! ¡Nunca averiguaríamos eso!

—¿Entonces?

—Deseo contratarle para que proteja mi vida.

—O sea, ¿en calidad de guardaespaldas?

—Así creo que lo llaman.

El rostro de Johnny se ensombreció.

—Mire, señor, no quiero engañarle a usted. Esa es tarea de un pistolero profesional, no de un detective, y yo soy un detective. Su socio, o quien le dio mis señas, estaba en un error si creía otra cosa. Por lo demás, ¿qué dice de los anónimos la policía?

—No sabe una palabra.

—¿Ha recibido usted mensajes amenazadores durante un mes y no ha cursado todavía la denuncia?

—Ni la cursaré —dijo Chase, impaciente—. La policía debe quedar al margen. Si interviene, estoy listo.

—No comprendo.

—Es una historia... muy desagradable —declaró—. ¿Cuento con su discreción? ¿Se estila entre detectives el secreto profesional, como entre médicos y abogados?

—Yo, por lo menos, lo respeto —replicó Johnny, sin amabilidad—. Hable si lo juzga necesario, señor, pero ello no presupone que acepte encargarme de la tarea que me encomienda.

—Espere y verá —Chase sacudió la ceniza del cigarrillo con una uña manicurada—. O mucho me equivoco, o el origen de este condenado asunto es una operación que Howard y yo realizamos tiempo atrás. Le he dicho, ¿no?, que Howard Stapleton es mi socio; mi hombre de confianza, mi mejor amigo, un águila para los negocios, ¡y qué energía! Bueno, Howard y yo adquirimos en cierta ocasión una fábrica de fibras artificiales, una gran fábrica, con más de mil operarios, situada en un magnífico paraje, entre el Michigan y la carretera de Milwaukee. No era la fábrica lo que nos interesaba, sino el paraje, el terreno... En fin, los detalles a usted de nada le servirán. Sepa que no había manera de

especular con el terreno sin suprimir la fábrica, y no había manera de suprimir la fábrica sin perder una parte considerable del dinero que con el terreno se podía ganar. Quedaba una solución: la fábrica estaba asegurada en excelentes condiciones... Simulamos un incendio, todo ardió, ¡imagínese, fibras artificiales!, y cobramos el seguro. Esto dejó el terreno libre. Llevamos adelante nuestros planes y ganamos una fortuna.

Johnny le contemplaba con sorprendida repugnancia.

—¿Esos son sus procedimientos comerciales?

—Hay que vivir —dijo Chase tranquilamente. Y prosiguió la narración en el mismo tono—: El incendio nos había resuelto otro problema espinoso, que era el de los obreros. Debido a la catástrofe, conseguimos ponerlos a todos en la calle sin trámites, sin indemnizaciones, sin forcejear con el sindicato. Sencilísimo. Ahora bien, estoy seguro de que alguno de los operarios olfateó la verdad; alguno o algunos, porque hubo descontentos a montones. De ese tipejo, sea quien fuese, proceden, ¿comprende usted?, los anónimos. Eran gente de armas tomar... Los conozco. Cualquiera de ellos es capaz de llevar a la práctica las más terribles amenazas. Sería yo un loco si no adoptara precauciones.

El detective no pudo contenerse.

—¡Usted es un sinvergüenza, eso es lo que es! —exclamó.

Chase dio un respingo de asombro.

—¡Señor Stokes!

—¡Váyase al diablo! ¿Por quién me toma? Si uno de esos mil y pico de infelices a quienes usted condenó a morir de hambre para redondear un cochino negocio pretende pegarle un tiro, envíemelo a mí y le prestaré gustoso mi pistola.

Asombrado aún, el hombrecillo esbozó una sonrisa.

—¿Bromea?

—¡Márchese inmediatamente!

Chase no se movió del sillón. Sus ojos grises, a la vez ingenuos y desdeñosos, exploraron de nuevo el despacho. Sacudió la cabeza.

—¡Cállese, criatura, y reflexione! Todo hombre tiene su precio. ¿Cuál es el suyo?

Apretando los puños, Johnny se dominó.

—No hay trato. Márchese.

Chase dijo ligeramente;

—Doscientos dólares diarios, señor Stokes.

Johnny preguntó débilmente:

—¿Doscientos dólares por defender su vida?

—Por acompañarme cuando yo se lo mande, abrir los ojos y tener la pistola a punto.

Johnny no replicó. Vio, en silencio, cómo su visitante depositaba uno por uno diez billetes de cien dólares sobre el escritorio.

—Mil anticipados: cinco días. Si le parece bien, le pagaré por semanas. Pero no vacile en pedirme otro anticipo cuando lo crea necesario. Lo único que le exijo a cambio es que cumpla con su deber.

El detective no tocó el dinero.

—Valora usted en mucho su vida —articuló.

—¡Dice que en mucho! —exclamó Chase con una infantil carcajada. Se levantó del sillón—. Doscientos dólares diarios, seis mil al mes, ¿dice que es mucho! Mi vida vale bastante más que eso, señor Stokes. Le agradezco de veras que la haya tasado tan barata.

Las manos de Johnny se tendieron a través del escritorio hacia los billetes. Los cogió. Un escalofrío le recorrió el espinazo. Estuvo perdido desde el instante en que sus dedos percibieron el tacto de los rectángulos de papel...

De este modo se había vendido a Dudley J. Chase. Al mismo Dudley J. Chase que, un mes más tarde le llamaría de madrugada para anunciarle por teléfono que tenía haber matado a una mujer.

Capítulo II

LAS dos primeras personas a quienes Johnny Stokes conoció al convertirse en sombra de Chase fueron Howard Stapleton y Nancy Quentin. Stapleton era un sujeto alto y elegante, de cara ligeramente caballuna y mirada paternal. Se hallaba en las oficinas de la sociedad cuando el detective, llamado por Chase, acudió para iniciar sus tareas.

—Así que es usted Stokes, detective privado —le dijo—. Realmente, no sospechaba que las circunstancias llegaran a ponernos en contacto algún día, ¡pero da tantas vueltas el mundo!

—¿En qué época no sospechaba usted eso?

—Cuando la señora Hugues me hablaba de usted. Nos hablaba a mi esposa y a mí, para ser exacto.

Johnny escrutó atentamente el rostro de Stapleton tratando de descubrir un matiz de ironía en su expresión, pero no lo halló. Dorothy Hugues era hermana de su madre.

Johnny replicó, pensativo:

—Ignoraba que conociera usted a mi tía Dorothy.

—Una gran mujer —sonrió Stapleton—, Una excelente cliente de la casa. Una buena amistad de mi esposa; antes, naturalmente, de que mi esposa perdiera la salud y de que ella trasladase su residencia a Detroit.

—Ya veo —murmuró el detective.

No le dio a Stapleton las gracias por el empujón. No lo hizo porque no sabía aún si debía dárselas o maldecirle.

Nancy Quentin ocupaba un escritorio en la antesala del despacho particular de Chase. La antesala estaba muy bella y muy lujosamente decorada, pero Nancy era lo más bello y lo más lujoso de la decoración.

Johnny se paró a admirarla apenas hubo cruzado la puerta.

Ella dijo:

—¿Busca usted a alguien?

—Ahora ya no —respondió él—. Moriría feliz después de esto.

—Hágalo sentado, entonces —la muchacha, indiferente, le señaló un sillón—. Estorbará el paso si se muere ahí en medio. ¿Le ha citado el señor Chase?

—Sí.

—¿Su nombre?

—Stokes.

—¡Oh, el detective!

Ella sonrió.

—El señor Chase está con una visita. No le importa esperar, ¿verdad? Johnny dijo que no con la cabeza. Preguntó:

—¿Viene por aquí la señora Chase?

La joven enarcó las cejas.

—El señor Chase es soltero.

—¡Soltero! —exclamó el detective—. ¿Ni siquiera divorciado o viudo?

—No se ha casado jamás.

—Admirable —murmuró Johnny—. Me gustaría saber qué clase de coraza ha usado para defenderse de las mujeres; o qué clase de vacuna, o de antídoto.

Oyó que la muchacha respondía:

—Somos, generalmente, las mujeres quienes necesitamos usar coraza para defendernos de él.

Y en aquel momento se abrió la puerta del despacho de Chase.

Salió una rubia. Parecía muy alegre. Caminaba contoneándose y, con gesto estudiado, se ceñía al cuello una piel de zorro. Chase, que avanzaba detrás de ella, se adelantó para abrirle la puerta de la antesala. No cambiaron una palabra. Sólo la rubia, al pasar, volvió la cabeza y le guiñó un ojo en señal de despedida.

La muchacha se había sentado detrás de su escritorio.

—No todas creen necesaria la coraza —observó, burlonamente, Johnny.

Ella se encogió de hombros.

—El señor Chase posee uno de los atractivos que, al parecer, poseía Don Juan. Uno sólo, aunque él piense que los posee todos.

—¿Qué atractivos?

—El dinero.

—¿Y lo emplea?

—La vida privada del señor Chase no es asunto mío. Tendrá usted ocasión de conocerla mejor que yo.

El detective rió en silencio.

Ella había desenfundado la máquina de escribir.

—¿Me permite? —repitió.

—Un momento —arrojó el cigarrillo, se puso en pie y se aproximó al escritorio—. ¿Conoce el motivo de que Chase me haya contratado?

La muchacha titubeó.

—Está asustado por los anónimos.

—O sea, que lo conoce. Nena, me convendría hablar con usted

extensamente y a solas. ¿Qué pasará si la llamo cuando tenga un rato libre?

—Puede pasar que no lo tenga yo.

—Llamaré a su casa.

—Pruebe. Pero colgaré el teléfono si oigo pronunciar una sola vez la palabra «nena».

—Ignoro cuál es su nombre —alegó el detective.

Ella se lo dijo: Nancy Quentin.

Johnny llevaba anotado su número de teléfono cuando se marchó en compañía de Chase.

El hombrecillo vivía de una manera intensa y, en apariencia, atolondrada, pero en realidad sometida a método. Durante las cuarenta y ocho horas siguientes, Johnny, asistió con él a reuniones de negocios, almuerzos, una partida de bridge, dos citas con dos mujeres diferentes, ninguna de las cuales era la rubia de la piel de zorro; cenas, un rápido viaje a Lacoosa Hill, un cóctel literario y una representación teatral. Para nada intervino en todo aquello. Limitóse a estar presente, junto a Chase si se hallaban solos, en segundo o tercer plano si se hallaba presente alguien más. Nadie le interpelló. A nadie dirigió la palabra.

Luego llegó un nuevo anónimo:

«Aprovéchate. Pronto reventarás. Soy el único que sabe cuándo.»

Las manos de Chase temblaban mostrándolo a Johnny. Su rostro estaba gris. Toda su jovialidad, todo su gozo de vivir, se habían esfumado. El hombrecillo era un viejo.

Johnny Stokes, aquella mañana, le habló del asunto a Stapleton.

—Realmente —dijo el socio con gravedad—, es una pena que eso le ocurra precisamente a Dudley. Otro echaría los anónimos a la papelera y se olvidaría de ellos. Dudley no. Es melodramático como un niño. Es la clase de persona a quien un anónimo amenazador amarga la vida.

—Lo importante —replicó el detective— es saber si esos anónimos contienen una verdadera amenaza o cumplen un objetivo por sí mismos. Es decir, si la persona que los escribe se propone efectivamente matar al señor Chase, o si no se propone más que infligirle una tortura moral. Él está demasiado trastornado para aclararme este punto.

Stapleton reflexionó.

—Una respuesta concreta sería aventurada, Stokes.

—Pero ¿cuál es la opinión de usted?

—A mí me resulta difícil concebir que un ser humano mate a otro a sangre fría. Cierto que Dudley se ha granjeado muchos enemigos, como me los he granjeado yo, o cualquiera que en el mundo luche por abrirse paso. Sin embargo, un enemigo no es necesariamente un asesino.

—A pesar de lo cual aconsejó usted al señor Chase que contratase un detective.

—¿Y qué podría un detective contra un asesino decidido a cumplir su propósito? No, Stokes. Yo recomendé sus servicios a Dudley para tranquilizar su ánimo; para que, sabiéndose custodiado, arrojase los anónimos a la papelera y se olvidase de ellos como cualquier persona sensata.

Johnny no cedió.

—Soy hombre concienzudo, señor Stapleton —dijo—. Es posible que no ocurra nada malo, pero también lo es que se cometa un crimen, y mi conciencia me obliga a atajar semejante posibilidad. Usted mismo reconoce que un detective con una misión como la mía nada podría contra un asesino decidido a cumplir su propósito. Debo emprender una investigación más amplia inmediatamente.

Stapleton sonrió con simpatía.

—La señora Hugues no exageraba: es usted más —testarudo que ella. Muy bien, expóngale sus intenciones a Dudley, pero tenga por seguro que las rechazará. Quiere que usted le proteja, no que busque a un asesino potencial entre más de mil personas.

—No estoy pensando únicamente en los obreros. Repito que me gustaría juzgar por mí mismo las restantes explicaciones.

—Dígaselo también a Dudley.

—Se lo digo a usted. ¿Qué es lo que pasa? ¿Temen que me salten a las narices otros negocios del calibre de esa estafa si empiezo a husmear en otras direcciones? Si así fuera, ¿qué importa? Una estafa, o diez, ¿qué más da? Las víctimas pueden inspirarme compasión, pero sólo mientras no se conviertan en asesinos.

—Lenguaje franco y maneras rudas envolviendo un noble corazón —comentó paternalmente Stapleton—. Es usted un gran tipo, Stokes. Expóngale sus puntos de vista a Dudley, y yo prometo apoyarlos. ¿Satisfecho?

—No —dijo Johnny.

Pero tuvo que resignarse.

Aquella noche elevó Chase su salario a doscientos cincuenta dólares con la condición de que residiera en su casa y durmiese en la habitación contigua a la suya. El miedo le había desmoralizado. Anuló su cita con una pelirroja. Se negó a consentir que el detective emprendiera por cualquier camino que fuese la búsqueda del autor de los anónimos.

—Usted abra los ojos y tenga la pistola a punto —dijo—. Eso bastará.

Fue también aquella noche cuando Johnny llamó por primera vez a Nancy Quentin. Volvería a llamarla varias veces antes de que Chase le llamara a él para comunicarle que una mujer había muerto, y que temía haberla matado por sí mismo.

Capítulo III

LOS labios de Nancy acariciaron el borde de la copa. Bebió. Johnny Stokes observó con deleite la ligera contracción de su garganta cuando el rosado martini pasaba por ella.

Había deseado celebrar aquella entrevista desde su primera visita a las oficinas de Chase y Stapleton, pero siempre las exigencias de su aterrorizado cliente se la estorbaron. Ahora no. Chase estaba ahora encerrado con llave en su habitación y él tenía libre la noche.

Dijo:

—Tal es la situación: su jefe, o, para hablar con propiedad, sus dos jefes, no me permiten contemplar más que la porción de panorama que deliberadamente me han puesto ante los ojos. Y el juego a que jugamos es demasiado peligroso para que yo me resigne a una cosa así. Puede ir en ello la vida de Chase, por supuesto, pero lo grave es que también puede ir la mía. Soy su guardaespaldas; digamos su parachoques. Cuando el autor de los anónimos se canse de torturarlo y descargue el golpe, ¿qué pasará si yo le parezco un estorbo? Voy camino de ganar una fortuna con este asunto. Muy bien, ¿y qué? El dinero para nada sirve en el infierno, ¿entiende, muñeca? Si no consigo ciertas seguridades habré de retirarme y echar el dinero por la borda. Son, ¡canastos!, doscientos cincuenta pavos diarios. Estaría loco si lo hiciese.

—Me doy cuenta de lo que ocurre —asintió Nancy, pensativa—. Sin embargo, es usted un detective. Afronte el riesgo o mude de profesión. El dinero no lo regala nadie.

—Chase lo regala. Lo único que pretendo es, precisamente, hacer algo por ganarlo; algo inteligente y atractivo, no limitarme a exponer pasivamente la piel. Y usted, muñeca, puede ayudarme.

—Mi nombre es Nancy.

—Nancy, ¡conforme, Nancy! Mire, atienda. Chase se empeña en que los anónimos proceden de alguno de los ex obreros de la condenada fábrica de fibras que incendió. No niego la posibilidad, pero afirmo que puede y debe haber otras. Usted es su secretaria. Usted conoce su porquería de negocios. Tiene que conocerlos, o por lo menos sospecharlos. Un tipo como Chase se crea enemigos mortales a cada paso que da. Usted me dirá esto, Nancy, cuáles son los más peligrosos o los más enconados entre sus enemigos.

—¿Por qué yo, si el señor Chase se niega?

—Porque él es un solterón chiflado, y usted no lo es.

La muchacha rió.

—Un argumento difícilmente refutable, señor Stokes.

—¿Cuento con su ayuda?

—¿Me pide una deslealtad? ¿Quiere que por usted, un desconocido, traicione la confianza que en toda secretaria se deposita? ¿Es eso?

Johnny masculló un juramento.

—Es todo lo contrario. Le pido una prueba de lealtad a Chase, una prueba tan heroica que puede llegar a salvarle la vida.

Nancy no contestó.

—Usted es mi último recurso —concluyó a media voz el detective.

Ella se volvió y le sonrió.

—Sí, ciertamente, tiene que ser así... Muy bien. —Nancy suspiró—. No soy vanidosa. Mi amor propio es invulnerable. Me gustan las personas que caminan en línea recta, como usted. Hablemos del asunto que le preocupa.

Hablaron.

Johnny anotó tres nombres: Celia Blackmon, Israel Flapp y Williams Gruber.

—Celia es la viuda de Patrick Blackmon —dijo la muchacha—. Hacía cuatro meses que yo trabajaba para ellos cuando el señor Chase y el señor Stapleton proyectaron una maniobra de concentración financiera entre los comerciantes de calzado de Billingwood, donde, aprovechando una excelente ocasión, habían adquirido una zapatería. ¿Conoce Billingwood?

—De oídas.

—Es una población próspera, un poco al sur de Peoría, a orillas del Illinois. Blackmon poseía allí el comercio más importante del ramo, y no se dejó absorber. Hubo guerra. El señor Chase marchó personalmente a Billingwood para conducir la batalla. Triunfó. Quebró el Banco local, que respaldaba a Patrick Blackmon, y éste se encontró suspendido en el vacío. Pero tenía amigos poderosos en Peoria. Una mañana tomó su coche y fue a pedirles colaboración... Nunca llegó a Peoria: sufrió un accidente en el camino; un fallo, dicen, de la dirección. Murió en el hospital, sin haber recobrado el conocimiento, después de seis horas de agonía. Celia, su mujer, tuvo que vender el negocio. Un día vino al despacho y acusó al señor Chase de haber asesinado a su marido. Juró que le vengaría. Juró que le arrancaría los ojos... antes de matarle. —Nancy sonrió con amargura—. Era una hermosa mujer, de modo que el señor Chase quedó terriblemente impresionado.

—¿Y qué?

—No he vuelto a saber de ella.

—Todos los anónimos han sido echados al correo en Chicago. ¿Está esa mujer en Chicago, o sigue en Billingswood?

—Tendrá que averiguarlo usted, porque yo lo ignoro.

—¿Parecía capaz de cumplir su amenaza?

La muchacha se encogió de hombros.

—Yo, en su lugar, si realmente creía lo que afirmaba, la hubiera cumplido.

—"¿Había base para creerlo?

—Base moral. Pruebas, ninguna; ni directas, ni indirectas, ni circunstanciales, ni nada. Celia Blackmon removió cielo y tierra para demostrar que el accidente había sido provocado. Imposible.

—¿Fue provocado?

Nancy miró al detective a los ojos.

—Por lo menos fue oportuno.

El hizo una mueca de repugnancia.

—Parece raro, de todos modos, que esa mujer dejara transcurrir tanto tiempo antes de comenzar a enviar los anónimos; que lo hiciera cuando ya sus pasiones debían de haberse calmado... Bueno, ¿quién es Israel Flapp?

—Uno que tenía un taller de tapizado de automóviles.

Había sido un asunto de poca monta en el cual, sin embargo, Chase se mostró tan inflexible como de costumbre. Israel Flapp adquiría los géneros de tapicería en casa de un almacenista de plásticos. Chase había comprado el almacén y hallado que Flapp tenía un descubierto de cinco mil dólares. Llevaba un mes sin saldar la cuenta de sus pedidos. Había enfermado gravemente, se había hecho operar, y pasaba momentáneamente apuros, pero era un fiel, antiguo y acreditado cliente y había recibido del almacenista las más amistosas facilidades. De Dudley J. Chase no las recibió. El tapicero estaba en aquellos momentos luchando entre la vida y la muerte. Su taller fue llevado a subasta judicial y adquirido por el propio Chase en la cantidad que a éste se le antojó. Apenas recobrada una parte de sus fuerzas, Flapp le dijo al financiero lo que pensaba de él y lo que esperaba que le ocurriera. También juró, como Celia Blackmon había jurado. El desastre económico y los padecimientos físicos le habían positivamente enloquecido, pero era un hombre feo, débil, flaco, miserable, no una hermosa mujer, y Chase no se inmutó ante sus amenazas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Johnny.

—Menos de dos meses.

—¿Flapp vive en Chicago?

—Vivía cuando lo que le he contado ocurrió. Tampoco de él he vuelto a saber una palabra,

—¿Conoce sus señas?

—Puedo, en cualquier momento, consultarlas en el despacho.

—Consúltelas. ¿Y la tercera víctima?

Nancy titubeó.

—No sería justo calificar de víctima a Bill Gruber. De haber tenido unos gramos más de cerebro o haberse procurado mejores consejeros legales, la víctima hubiera sido el señor Chase. Gruber es un hombre de mala fe... No encontró más que la horma de su zapato.

«Fue a encontrarla en la cárcel. Chase y él habían luchado por la misma presa: el dominio del ferrocarril de Milkwa a Goddard, línea que comunicaba esta ciudad con Chicago y el lago Michigan, secundaria, modesta, pero de buen porvenir debido a las funciones que en Goddard iban a entrar en funcionamiento. William Gruber había tomado la iniciativa lanzándose a una ofensiva en gran escala. En escala demasiado grande. Chase se había reservado astutamente. Esperaba que su enemigo diera un paso en falso, y Gruber, audaz, falto de escrúpulos, confiado en su fuerza, lo dio. Fue procesado y condenado. La cárcel, para un hombre que vivía del crédito, de la autopropaganda, de la fanfarronada y de la falsa respetabilidad, era un golpe terrible, un tropiezo ruinoso. William Gruber se había terminado: el proceso equivalía a su funeral.

—Pero Gruber está preso —objetó Johnny—. ¿O ha salido ya?

—Acaba de salir.

—¿Hace cuánto?

—Una semana.

El detective asintió.

—Los anónimos comenzaron hace un mes. Pudo perfectamente desde la cárcel ordenar que los enviaran, organizar las cosas con vistas al momento en que recobraría la libertad. Si ello es así, y si realmente se propone cometer un asesinato, no tardará en descargar su golpe...

—¿Satisfecho? —preguntó, irónicamente, Nancy.

Sumido en sus pensamientos, el detective no contestó. Luego dijo:

—¿Sería posible obtener una copia de las nóminas de la fábrica de fibras artificiales? ¿Le sería posible a usted?

La muchacha movió negativamente la cabeza:

—Todo se quemó. ¿Qué se propone?

—No quiero dejar Suelto ningún cabo. Claro está que ni en diez años conseguiría yo solo descubrir una pista en ese ejército de empleados, pero acaso el jefe de personal o los capataces me proporcionasen alguna indicación.

—Puedo conducirlo hasta el jefe de personal.

—¿Sí?

—Vino media docena de veces al despacho para resolver los asuntos que habían quedado pendientes. Es un hombre afable, inteligente, muy... Bueno, le gusté, como a otros. Tengo su número de teléfono en la

oficina.

—Servirá. Es decir, si Chase me deja suficiente tiempo libre para trabajar.

Nancy jugueteaba con su copa de martini.

—Creí que Celia Blackmon, Flapp y Grubber le habían interesado.

—Y me interesan.

—¿Por qué, entonces, vuelve a los obreros?

—Porque esos tres representan una reserva, una especie de garantía. A fin de cuentas, Chase está casi seguro de que es entre los obreros donde se encuentra el peligro. Quizá exagera su seguridad ante mí para disuadirme de investigar con mayor amplitud sus negocios, pero no es tonto, no es un suicida, y conoce el asunto mejor que yo. Si sospecha de alguno de los obreros no será sin motivo.

—Por supuesto que no —concedió la muchacha—. Es la hipótesis más lógica.

Johnny la miraba escrutadoramente.

—No para usted —aventuró.

—¿Por qué dice eso?

—Confiese que había pensado ya en la señora Blackmon y los dos hombres como posibles autores de los anónimos. Me ha dado sus nombres sin vacilar. Se sabe de memoria sus antecedentes. No he sido yo quien la ha hecho fijar en ellos su atención.

—No, es verdad. Había pensado en ellos muchas veces. Pero es que yo no sabía lo que realmente había ocurrido con la Artytex. No lo he sabido hasta ahora.

—¿La Artytex era la fábrica de fibras?

—Sí. Yo no sospechaba que el incendio hubiera sido intencionado. Naturalmente, las personas más calificadas para haber escrito los anónimos eran las tres que le he citado a usted. Son las únicas, por lo menos que yo tenga noticia, a quienes se ha causado un daño grave desde que trabajo con el señor Chase. Si hubo otras antes, creo que ha transcurrido demasiado tiempo.

—Sin embargo, puede haber otras y usted no saberlo, como no sabía lo de la fábrica.

—En efecto. Me he limitado a hablarle de los asuntos que conozco. Pero ahora veo que esas tres personas no tienen apenas importancia junto a las mil y pico perjudicadas por el incendio de Artytex.

—Alude al incendio, que fue un crimen vergonzoso, una acción incalificable, como si se tratara de una operación vulgar.

Nancy enarcó las cejas.

—¿Y cómo quiere que aluda a él, señor Stokes? No sea cándido. Usted, un detective, debe entender de altos procedimientos financieros tanto como yo. A los quince días de haber obtenido mi primer empleo

de secretaria se me habían abierto ya los ojos.

—Chase es un estafador.

—¿Solamente él? ¿En qué mundo vive usted?

Los rasgos de Johnny se habían endurecido.

—Está bien, vivo en la luna.

—¡Oh, no tan en la luna! —rió acerbamente la muchacha—. El hecho de que considere a Chase un estafador no le impide aceptar su dinero. Todos cojeamos del mismo pie, y el que no ande cojo, ¡vamos!, que arroje la primera piedra. No digo que no sean estafas, o algo peor, pero operaciones como la de Artytex, la de Blackmon, la de Gruber o la de Flapp se proyectan y ejecutan cada día, y la gente se quita el sombrero en la calle ante sus autores.

—No se equivoque. Yo acepto el dinero de Chase para impedir la comisión de un asesinato.

—¡Narices, señor Stokes! Este asesinato nunca se cometerá, y usted lo sabe. —Perro que ladra no muerde.

El detective se encogió de hombros.

—Dejemos eso. Hay un detalle que me intriga. Sea un ex obrero de la fábrica de fibras, sea Celia Blackmon, o Flapp, o Gruber, el autor de los anónimos dirige sus amenazas contra Chase. ¿Por qué exclusivamente contra Chase? ¿Acaso no existe Howard Stapleton?

—No —dijo Nancy.

—¡Cómo que no!

—De puertas afuera no existe. El señor Stapleton es la eminencia gris, el cerebro, el jefe del estado mayor; el señor Chase es quien sale a la calle a librar las batallas. El segundo es un luchador; el primero, un administrador. Los contactos exteriores del señor Stapleton se limitan a media docena de directores de Banco y a otros tantos inversores antiguos y fieles.

—Entre los cuales debe hallarse mi tía Dorothy Hugues.

—Cierto. Tengo entendido que el señor Stapleton era ya el agente de Bolsa de la señora Hugues antes de formar sociedad con el señor Chase.

El ambiente del local empezaba a caldearse. La música de Willie Daemer servía de fondo a un tejido de risas y voces.

Johnny sintió sed.

—¿Le apetece otra copa?

La muchacha tenía la cara medio vuelta hacia el pianista.

—Ahora que me ha exprimido el jugo y sabe cuánto deseaba saber, ¿por qué no me acompaña a casa, señor Stokes? La noche no se habrá estropeado del todo si me acuesto temprano.

—La noche no se ha estropeado aún —replicó él.

Pidió otras dos copas.

Era cierto que la noche no se había estropeado. Johnny había terminado con la secretaria de Dudley J. Chase, pero empezaba solamente con Nancy Quentin. Y ocurrieron bastantes cosas antes de que, por aquella noche, terminara también con ella.

Su reloj marcaba las tres de la madrugada cuando se retiró a la habitación que Chase le había destinado en su residencia.

Capítulo IV

UN nuevo anónimo anunció:

«Se acerca tu hora. Prepárate.»

Chase lo recibió con el primer correo, y se asustó tanto que canceló todos sus compromisos y no salió de casa en toda la mañana. Hubo otro anónimo dos días después, y otro, y otro aún.

Aprovechándose de la progresiva reducción de las actividades del hombrecillo, Johnny se puso a trabajar en la dirección que se había señalado. Su primera visita fue para Harry Armstrong, que era el jefe de personal de la fábrica de fibras artificiales.

—De modo que Nancy Quentin le ha dado mis señas —dijo Armstrong en tono soñador—. Nancy Quentin. Una delicia de criatura. ¿En qué puedo servirle, señor Stokes?

Johnny explicó con cautela:

—Estoy practicando una investigación confidencial por encargo del señor Chase. Me he permitido acudir a usted en busca de ayuda.

Armstrong articuló:

—¿Si?

—Se trata de un asunto muy delicado, que podría herir ciertas susceptibilidades, pero creo que podremos llevarlo con discreción. Veamos. Usted, como jefe de personal que fue de la Artytex, ¿tiene idea de que alguno de los empleados u obreros tomara por la tremenda el hecho de encontrarse, así, de pronto, en la calle, sin la menor compensación?

—¿Tomarlo por la tremenda? —repitió Armstrong con burlona suavidad—. A ninguno de nosotros le gustó, señor Stokes. Muchos siguen sin trabajo todavía, y seguirán Dios sabe el tiempo. No era cuestión de tomarlo por la tremenda; fue tremendo de por sí.

—Pero ¿alguno reaccionó violentamente?

—Señor Stokes, ¿qué es lo que trata usted de averiguar?

Johnny se humedeció los labios con la lengua.

—El señor Chase teme que su vida se halle amenazada por alguno de los obreros. Sospecha que uno o varios de ellos, considerando que no fueron tratados con justicia, intenten causarle algún daño a manera de

represalia.

Armstrong había entornado los párpados.

—¿Tiene motivos para sospechar eso?

—Los tiene. Lamento no estar autorizado a ventilarlos.

El jefe de personal se dirigió a un escritorio, sacó una pipa, la cargó y la encendió mirando a Johnny y arrugando la frente. Era una actitud aprendida de las películas de John Wayne.

—La sospecha del señor Chase es ridícula —sentenció, seguro.

—¿Tiene usted, a su vez, motivos para afirmarlo?

Armstrong rió en un susurro.

—Pura lógica. ¿Qué ganaría cualquiera de aquellos infelices tomando represalias? ¿Represalias de qué, señor Stokes? El señor Chase obró en todo momento con justicia. No digo con generosidad: pudo haber hecho infinitamente más de lo que hizo. Pero ¿con justicia? ¡Ni un solo reparo se le puede poner! ¡Y no sabe usted hasta qué punto la justicia es, en ocasiones, inhumana!

—Creo saberlo —replicó fríamente Johnny—, A eso me refiero. Para un espíritu elemental, la humanidad, la caridad, la propinilla, el obsequio, acaso valgan más que la justicia. Las propinillas no rezan con el señor Chase. Supongamos que alguien tendía la mano y se enfureció al retirarla vacía.

—El señor Chase habló claro desde el primer instante.

—Pero ¿hubo o no hubo protestas?

—Protestas, no. Maldiciones. Y no contra el señor Chase ni contra nadie, sino contra el fuego.

Resignado, Johnny se dispuso a marcharse.

—Pierdo el tiempo aquí. O es usted un iluso, Armstrong, e se figura que lo soy yo. Sólo en los cuentos de hadas, un grupo de hombres sin trabajo se conduce de ese modo. Todos ellos podían saber que, en el incendio, el señor Chase no había perdido un centavo; que estaba cubierto por un excelente seguro y que, gracias a una buena especulación con el terreno, podía incluso ganar dinero. Me sorprende de verdad que dedicaran precisamente al fuego sus maldiciones.

El jefe de personal chupaba su pipa.

—Espere —dijo, cuando Johnny se dirigía ya hacia la puerta—. Los temores del señor Chase, ¿son recientes?

—Son actuales.

—Nada, entonces. Dos hombres se mostraron particularmente brutales en los primeros momentos. Solían mostrarse brutales siempre, a decir verdad. ¿Comprende usted? Cuestión de temperamento. Entre mil ochenta empleados hay por fuerza elementos poco amantes de la paz. Pero los dos encontraron trabajo hace un par de semanas, y la cólera se aplaca pronto con el estómago lleno. Sé esto porque ambos están ahora

conmigo en la Goldmeister United.

—¿Usted se atreve a responder de mil ochenta personas? —preguntó el detective con asombro.

—¡Por favor! Me limito a transmitirle una impresión de conjunto. Los dos hombres a que aludo fueron la nota excepcional. ¿Quiere sus nombres, si con ello ha de marcharse satisfecho?

—A ver.

Los dos eran Richard Lee y John Ruskin. Johnny los anotó, así como sus señas, que Armstrong dictó de memoria sin titubear, y dejó al jefe de personal envuelto en el humo de su pipa.

Lee se parecía a Popeye. Tenía cuarenta años, era pequeño y nervudo, y un mentón agresivo y sus ojos descarados y desafiantes le delataban como inveterado camorrista. Estaba casado, con dos hijos, y saltaba a la vista que necesitaba su carácter, se desahogaba atizando a su mujer y a los mocosos. La atención que le dedicó Johnny fue muy poca. Como tipo humano, Richard Lee era el polo opuesto del miserable furtivo, cobardón y sigiloso que envía autógrafos amenazadores. Hubiera saldado una ofensa o dado rienda suelta a sus rencores con una lluvia de improperios y una tempestad de estacazos, no echando al correo cartitas venenosas.

A su manera, también Ruskin estaba en el polo opuesto de aquella mentalidad. Era una bestia de metro noventa de estatura, ancho y velludo como un gorila, colosal bebedor de cerveza, amigo de soltar a un tiempo espeluznantes juramentos y estentóreas carcajadas, y peligroso como un elefante herido cuando se hallaba ebrio. De haber tenido algo contra Chase, Ruskin hubiese ido y le hubiera cascado la cabeza entre sus puños del tamaño de jamones. Imaginarle escribiendo anónimos resultaba tan grotesco como difícil.

Armstrong no había sido de ninguna ayuda. Johnny pensó que, de los tres hombres: Ruskin, Lee y Armstrong el más plausible escritor de anónimos era el último.

La primera vez que, después de estas pesquisas, visitó Johnny las oficinas de su cliente, pidió a Nancy una muestra de la escritura de Harry Armstrong.

—No le di sus señas para que resultara esto —replicó la muchacha.

—¿Resultara qué?

—Que usted le atribuye al señor Armstrong los anónimos.

—Procuro protegerme contra cualquier eventualidad —dijo el detective—. Su admirado señor Armstrong, con sus sienes grises y su pipa, representa a maravilla el papel de hombre soñador, fuerte y silencioso. Siento curiosidad por saber cuál es su personalidad verdadera.

Nancy le prestó un informe anotado y firmado por el jefe de

personal.

—Devuélvalo lo antes posible... Es absolutamente antirreglamentario sacar un documento así del archivo. Sería para mí una calamidad que se extraviase.

Aquella misma tarde visitó Johnny a su amigo Lester McCaray, perito del laboratorio psicotécnico del Whittington Institute. Le entregó la pequeña colección de mensajes anónimos que había reunido desde que trabajaba para Chase.

—Necesito averiguar todo lo posible acerca del autor.

El perito calígrafo se caló las gafas.

—A primera vista se advierte —declaró, tras una rápida ojeada— que proceden todos de la misma persona, que se han embrutecido deliberadamente la letra, la ortografía y la sintaxis, y que han sido escritos con la mano izquierda.

—Todo eso ya lo había adivinado yo —asintió Johnny—. Tú eres, Lester, un mago de la grafología. Estudia el asunto a fondo. Trázame un retrato del personaje que no pueda mejorarlo ni su padre. Luego —depositó ante el perito el informe autografiado por Armstrong—, aclárame si el personaje en cuestión es el mismo que firma aquí.

—No puedo pasar en eso de una presunción.

—Me basta.

Johnny dedicó en adelante su tiempo libre a localizar a Celia Blackmon, Israel Flapp y William Gruber. De los tres, fue a Gruber a quien encontró primero. El dueño de un bar de Horseshoe Drive le contó que se había unido a Charlie Piasetta.

—No conozco a Charlie Piasetta —dijo el detective.

—¡Vamos! —exclamó el otro—. ¿No lee usted los periódicos, señor Stokes? Piasetta, el del último escándalo de las tragaperras... Su proceso fue una farsa. Estaba entonces muy bien apoyado, y ningún jurado se atrevió a votar su culpabilidad.

Johnny frunció el entrecejo.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Allá por el treinta y nueve.

—Allá por el treinta y nueve yo estaba todavía aprendiendo a leer.

—A veces —gruñó el *barman*— me olvido de que hay gente tan condenadamente joven. Bueno, Charlie Piasetta fue en sus tiempos un gran caid. Ahora navega a la capa, como dicen en Charleston. Se puede aún chupar del *racket* si se adoptan los métodos modernos y se amolda uno a las nuevas costumbres... Charlie ha sabido evolucionar. Palabra que su sombrero no se sostiene sobre un melón.

El detective, pensativo, escrutaba el interior del vaso.

—Bill Gruber, por tanto, ha saltado la valla.

—¡La cárcel! Le llamábamos «señor Gruber» antes de que parase en

chirona, ¿y sabe qué? La cárcel es un pudridero. Diga que Bill Gruber no ha saltado la valla: se la han hecho saltar. Uno no puede salir de la cárcel y esperar que la gente se quite el sombrero para saludarle; uno, al salir, está listo si cree que los antiguos clientes vendrán derritiéndose en sonrisas a poner el dinero en sus manos. Y hay que vivir, señor Stokes. Charlie tiene siempre un asiento de honor a disposición de un hombre con la experiencia, el talento y la fantasía de Bill Gruber, as de las finanzas. Usted comprende...

Johnny comprendía.

—¿Dónde podré verle?

—¿A Gruber? Apoltronado como un sultán en el restaurante que Piasetta tiene en la calle Rooke.

—¿Cómo se llama el restaurante?

—Spartivento.

Lo del apoltronado como un sultán era exacto. Detrás de una puerta con el título: «Dirección», en un despacho amplio y lujoso, Bill Gruber, instalado en una butaca, abandonaba su mano entre las de la manicura. Parecían soplar los vientos para él. La manicura era una morenita de risa fácil, ojos expresivos y cualidades muy sobresalientes. Otra muchacha, ésta rubita, ocupaba el escritorio correspondiente a la secretaria, situado al frente y a unos metros de la soberbia mesa destinada al propio Gruber. La disposición era excelente para regalarle a él la vista mientras se entregaba a su trabajo, suponiendo que se entregara alguna vez.

La morenita y la rubita reían hasta saltársele las lágrimas un chiste alusivo a un viajante de comercio y una enfermera. Con los ojos henchidos de la alegría de vivir, Bill Gruber preguntó:

—¿Qué se le ofrece, muchacho?

Johnny dijo lentamente:

—Vengo a hablarle de Dudley J. Chase.

Algo en su tono empañó la alegría del ex financiero. Le miró en silencio, fijamente, aislado ya como por una campana neumática de las risas femeninas que continuaban sonando en derredor.

—¿A hablarme de Chase en qué sentido?

—A hacerle una advertencia.

El rostro de Gruber, un rostro ancho, pesado, duro, se cubrió de sombras. Las risas cesaron poco a poco.

—Salid un momento —dijo el financiero a las mujeres. Recuperó la mano que la morenita tenía en su poder y la secó en una toalla—. Terminaré enseguida, Olga. Vamos.

Se puso en pie y anduvo hasta colocarse detrás de la mesa. Observando a Johnny con disimulo, la manicura y la mecanógrafa se dirigieron a la puerta y abandonaron el despacho. Gruber, detrás de la mesa, semejava un *bulldog* a punto de lanzarse al ataque. Su cara había

adquirido incluso el color de la cara de los *bulldogs*.

—Oigamos esa advertencia —invitó, desafiante.

El detective le miró sin expresión.

—Antes de que le metieran en la cárcel, usted anunció a Dudley J. Chase que le mataría. La advertencia es que procure arrancarse de la mollera ese propósito, o de lo contrario le pesará. De la manera como se han puesto las cosas, no sería raro que un día tropezase usted con una bala. Ya ve que le hablo con franqueza absoluta.

Gruber abrió la boca, asombrado.

—¿Cómo? ¿Quién es usted?

—Uno que vela por su longevidad. Es triste morir prematuramente, señor Gruber, cuando la vida ofrece tantos atractivos.

—¿Está amenazándome? ¿Amenazándome de muerte?

—Estoy dándole un consejo de hermano.

—¡Santo cielo! —Gruber se dejó caer en la silla de brazos arrimada a la mesa. El color de su rostro derivaba rápidamente hacia el rojo amarillo—. ¡Jamás oí nada semejante! ¿Está loco? Lo que usted me dice, ¿es que renuncie a matar a Chase porque, si no lo hago, soy yo quien puede morir?

—Porque morirá de seguro. El señor Chase parece estúpido, y usted sabe que no lo es; parece inofensivo, y procure no descubrir que no lo es demasiado tarde.

El financiero permaneció un instante silencioso. Luego inquirió:

—¿Con quién se figura que habla, amigo?

—Con un desdichado que ya una vez cometió el error de tasar a Chase demasiado bajo, error que pagará por todo el resto de su vida. ¡Qué pena verle a usted así, Gruber! ¡Un hombre que tuvo su posición y su prestigio! ¡Asociado a un limpiacloacas como Piasetta y regentando un restaurante dudoso! No quiero, ¿comprende?, que su próxima etapa sea el ataúd,...

La puerta se abrió bruscamente a espaldas de Johnny.

—¡Ya le daré yo buen ataúd! —exclamó Gruber—, ¡Agárrale, Jake!

El detective se volvió de un salto en el instante en que unas pesadas manos se apoyaban en sus hombros. Gruber había, sin duda, oprimido un timbre disimulado en su mesa y un hombre acababa de entrar en respuesta a su llamada. Era el matón del local: un cuerpo de elefante, un cerebro de hormiga. Vestía traje negro listado, camisa color vivo y corbata blanca. Se disponía a actuar.

No pasó de la disposición, sin embargo.

Capítulo V

JOHNNY se agachó y se echó a un lado para esquivar las manos abatidas sobre sus hombros. Su reacción fue fulminante: agarró una muñeca de Jake, avanzó un paso, y tiró. La colosal mole del matón basculó hacia delante, se oyó un tétrico crujir de huesos, un ronco gemido, y el hombre se derrumbó pataleando. Sin cambiar de sitio, el detective le aplicó un puntapié en la cara. Jake se inmovilizó. Su brazo izquierdo, con el que Johnny había operado, estaba torcido en un ángulo imposible, indudablemente roto.

Al volverse hacia Gruber empuñaba el detective una pistola, salida como por arte de magia de su funda axilar.

—Este negocio es un poco distinto de la organización de sociedades anónimas o la especulación con títulos al portador —dijo al financiero—. Es usted inteligente, Gruber, y terminará dominando todos los recursos, pero hasta entonces creo que le conviene extremar la cautela. En el asunto Chase, por ejemplo. ¿Sabe usted que un grafólogo experto puede identificar al autor de un escrito aunque para éste se haya empleado la mano izquierda y todas las pruebas de que el perito disponga sean de la derecha? Esta clase de testimonios causan en un juicio gran impresión...

Gruber resollaba, hundido en su silla.

—Ignoro de lo que me está hablando, ignoro quién es usted, ¡y he procurado ignorar la existencia de Chase por bien de él! —exclamó—, ¿Qué demonios pretende con esta escena? ¿Recordarme lo que no quiero recordar?

—Quizá sí.

—¡Esto es el desvarío!

Johnny retrocedió hacia la puerta caminando de espaldas.

—Si realmente no sabe de lo que hablo, le presento mis excusas por haberme mostrado tan descortés; pero, si lo sabe, cuando se haya serenado comprenderá que mi descortesía puede haberle salvado el pellejo. Dé marcha atrás, Gruber. Y no confíe en la protección de Piasetta, porque Piasetta está ya pasado de moda.

—Tarde o temprano, sea usted quien sea, volveremos a vernos las caras —gruñó el financiero.

—No digo que no. Mientras tanto, llame a un médico —Johnny se

guardó la pistola—. La fractura que sufre su Sansón es mala. Chillará como un cerdo cuando despierte.

Dejó la puerta del despacho abierta, y se marchó.

A Bill Gruber había sido fácil encontrarle. A Israel Flapp no lo fue tanto. Durante dos días siguió Johnny su pista partiendo de uno de los proveedores de su antiguo taller de tapizado. Flapp había cambiado como cuatro veces de domicilio desde que salió del hospital. Apenas creía haberle localizado se veía Johnny obligado a reemprender la búsqueda.

Por fin dio con él en una vieja casa de Campbell Square, una sucia casa de arrabal, donde le había alquilado una habitación a una tal Mamie Adams, viuda, mulata, obesa; noventa y ocho kilos de oscura carne que olía fuertemente a pachulí.

—¿Usted conoce a Flapp? —habíale preguntado el comerciante que le procuró aquellas señas.

—No personalmente —dijo Johnny—. ¿Por qué? —Oh, por ahorrarle el susto. No le hubiera reconocido.

Fuera lo que fuese Israel Flapp cuando tapizaba automóviles, ahora era una ruina. Mirando por encima del adiposo y perfumado hombro de Mamie Adams, al abrir ésta la puerta de la habitación, Johnny creyó hallarse ante un moribundo.

—Una visita para usted, señor Israel —anunció la mulata—. Para usted, una visita. Este caballero.

Flapp, vestido con unos pantalones y un suéter, descalzo, estaba tendido en la herrumbrosa cama de metal. Tenía el cuarto que apestaba a jaula de simios, lleno de humo de tabaco. Sobre la mesa inmediata al lecho, al alcance de su mano, había un jarro de agua, un vaso y dos botellas de rye, una vacía y otra mediada. Detrás de las botellas, un plato con un frasquito y una jeringuilla de inyecciones.

El aspecto de Flapp era pavoroso: un esqueleto recubierto de cuero amarillo, con los ojos enormes, encendidos de fiebre. El cabello semejaba habersele apollado. Mechones irregulares de barba gris salpicaban sus mejillas.

Miraba al techo, y no se movió.

—Hola —dijo Johnny. Cerró la puerta, dejando fuera a Mamie, y se apoyó de espaldas en la hoja—. Hola, señor Flapp.

Los ojos se volvieron lentamente hacia él.

—¿Qué quiere?

El detective se mordió los labios. ¿Qué quería? Bill Gruber era todavía un *bulldog* dispuesto a morder, pero ¿qué era aquel hombre? ¡Aquel cadáver viviente! Intimidarle en nombre del rico, reluciente y elegante Chase habría sido vergonzoso.

—Francis Rohen me ha hablado de usted —declaró. No mentía del

todo, pues Rohen era el antiguo cliente de Flapp que le había indicado su definitivo paradero—. He pensado que, por motivos que no vienen a cuento, yo podría hacer algo en su favor,

—¿Algo en mi favor? —repitió el hombre, sin comprender.

—Usted necesita ayuda.

Hubo un silencio.

—Temo que se equivoca —dijo Flapp. Su mano derecha se movió para introducirse en el bolsillo de los pantalones. Sacó en ella un manojo de billetes—. Mire. Mil doscientos quince dólares de vida. Tengo de sobra con ese plazo. Dígaselo a Rohen.

Hablaba mansamente. Su tono translucía infinito cansancio e infinita resignación.

—No he dicho que necesite usted dinero, sino ayuda —observó el detective.

Una fugaz sonrisa deslizóse por el rostro devastado del hombre.

—Gracias, pero continúa equivocándose. Necesito licor, morfina y tabaco. Habré muerto antes de haber gastado en ellos el dinero que me queda.

—¿Por qué ha de morir? ¿Quién piensa en eso?

—Yo. Un cáncer como el mío siempre es mortal.

Johnny se estremeció. Un cáncer. Morfina, licor y tabaco para esperar la muerte. Israel Flapp era, pues, un auténtico moribundo.

—Hay muchas clases de ayuda, señor Flapp. He venido a visitarle porque Rohen me ha contado lo que le ocurrió a usted con Dudley Chase. Conozco a Chase. Conozco... algunos de los puntos débiles de Chase.

Los párpados del enfermo se cerraron. Precisamente entonces. Precisamente cuando más deseaba Johnny ver aquellas febriles pupilas.

La reacción de Flapp ante la velada oferta podía explicar mil cosas. Pero no hubo reacción. El hombre limitóse a preguntar sosegadamente:

—¿Usted insinúa la posibilidad de pedirle a ese individuo una limosna para mí?

—No hablo de limosnas, señor Flapp. Hablo de hacerle pagar a Chase, y no en dinero, el daño que le ha causado.

—¿Usted tiene algo contra él?

—Sí —dijo Johnny sin vacilar. En aquel momento sentía como si lo tuviera. Odiaba y despreciaba al hombrecillo como a nadie en el mundo—. Tengo algo contra él.

Flapp movió negativamente la cabeza.

—Es usted joven y está vivo. Si algún día se encuentra a las puertas de la muerte, lo verá todo de manera muy distinta... El daño que Dudley Chase pueda haberme causado es ínfimo comparado con el que me ha causado la naturaleza. Codicia, negocios, dinero, ¿qué importan? Para

ustedes sí importan, lo sé. Para mí importaban. Pero ahora todo ha terminado ya. Reprima su cólera, su odio o lo que sea, amigo mío, porque un día descubrirá que con ellos ha consumido en vano una parte preciosa de la vida. Olvide. Uno no se lleva a la tumba el dinero, ni siquiera el rencor.

—¿Usted ha olvidado?

—Todo, todo, excepto que voy a morir.

—Pensaré en sus palabras —dijo Johnny.

Mamie Adams acechaba su paso cuando salió.

—¿Le ha animado su visita, señor? Es horrible ver cómo los que se dicen amigos se desentienden de un hombre en la desgracia.

El detective la estudió antes de contestar:

—No esperaba hallarle tan grave.

—Está acabándose.

—¿Le visita el médico?

—Ni el médico ni nadie. ¿Qué puede hacer el médico? Morfina cuando aprieta el dolor, una botella de licor para soñar, unos cigarrillos para distraerse, así es su vida. Vino aquí, tomó la habitación, pagó un mes anticipado... Otra, enfermo como está, le hubiera echado. Yo, ¡lo que son las cosas, señor!, me he encariñado con él. Ganas de sufrir, se lo aseguro. Su muerte va a dolerme.

Johnny sacó del bolsillo unos billetes y los puso en la mano de la obesa mulata.

—Cuídele. Trataré de mejorar su situación.

—No es necesario que...

—Acepte el dinero para él. ¿Sale a la calle?

—Ya no.

—¿Escribe? ¿Envía cartas a alguien?

—Nunca, señor.

—¿Está segura?

—¿Cómo las enviaría, si no por mí? Está solo y olvidado. Si alguien tiene en el mundo, le dejará morir como una alimaña. Y es un buen hombre, bueno de verdad, señor. No merece esto.

—Cuídele —repitió Johnny entre dientes.

Llevaba impreso el recuerdo de aquella mujer, aquel cuarto maloliente y aquella vida que se extinguía en la miseria cuando volvió a ocupar su puesto en la suntuosa residencia, bien ventilada y climatizada, de Dudley J. Chase. Halló al financiero furioso.

—¿Tiene usted algo que ver con dos sujetos apellidados Piasetta y Gruber? —le preguntó de sopetón.

Johnny estuvo en aquel instante a punto de renunciar a su trabajo. Sentía náuseas.

—¿Qué le pasa?

—Charlie Piasetta me ha hablado por teléfono. Dice que Bill Gruber es amigo y socio suyo, que está bajo su protección, que todo cuanto se haga contra Gruber se hace contra él. Dice que, si quiero guerra, la tendré. Dice que un hombre fue...

—Yo era ese hombre.

Chase enrojeció.

—¿Qué demonios pretende, Stokes? ¡Le pago para que me proteja, no para que soliviente contra mí a los *gangsters* de la ciudad! ¿Qué quería usted de Bill Gruber?

—¿Qué le parece?

—Le dije que los anónimos proceden...

—Eso fue lo que dijo usted. Soy un detective, señor Chase, no un lacayo. Trabajo a mi manera. Contrate a otro si no le gusta.

El financiero murmuró algo para sí, esforzándose por dominar la cólera.

—Sabe demasiado —masculló—. La única garantía de que mantendrá la boca cerrada es seguir pagándole. No puedo ya meter a otro fisgón en el asunto; sólo esto faltaría.

—¿Seguir pagándome hasta cuándo? —inquirió Johnny—. ¿Cuándo cree que terminará esa condenada historia de los anónimos si no tomamos medidas contra su autor?

—Terminará cuando se canse de escribirlos.

—Absurdo, señor Chase. ¿No comprende que el tiempo labora contra usted? Impune, oculto en la sombra, tranquilo, seguro, su enemigo prepara el golpe final con tanto detalle y cuidado que ni yo, ni otro detective ni un ejército de detectives podremos detenerlo cuando lo descargue. Los anónimos terminarán así.

La cólera del hombrecillo se esfumó ante el miedo.

—Me da usted escalofríos, Stokes. Muy bien, déjeme reflexionar. Ahora tenemos que marcharnos. Mi abogado espera.

No era el abogado sólo quien esperaba: había en su bufete un clérigo baptista y un hombre de aspecto distraído y cabeza canosa, con los cuales, y con el abogado, celebró Chase una larga conferencia. Johnny no asistió a ella. Y no pudo, por tanto, sospechar la importancia que aquella conferencia adquiriría en el futuro.

El mismo día llamó por teléfono al Whittington Institute y habló con su amigo el perito Lester McCary.

—En primer lugar —dijo McCary—, la persona que anotó y firmó el informe no es la que ha escrito los anónimos. Te advertí que esto es solamente una presunción, pero, en este caso particular, bastante fundada. Nada concuerda.

Johnny evocó mentalmente la cinematográfica figura de Armstrong.

—¿Cómo es la persona del informe?

—Un hombre seguro de sí mismo, satisfecho, inteligente, tenaz, poco ambicioso y de temperamento glacial. Realista. Enemigo de fantasías y sueños. Buen trabajador. Sin apetitos ni pasiones notables.

—¿Farsante?

—No, aunque con tendencia a la egolatría. Gusta de destacar su propia personalidad, pero se comporta naturalmente.

El detective hizo una mueca.

—¿Y el autor de los anónimos?

—Un sujeto interesante, Johnny. —La voz del perito se animó—: Cobarde, por supuesto, pero de una cobardía superada a fuerza de voluntad. Enorme escepticismo. Enorme ambición. Codicia de bienes materiales. Inclinação al fingimiento, aquí sí; al disimulo y a la acción. Sueños y fantasía desmesurados. Psicología desigual, inestable, sujeta a fuertes emociones. Podría tratarse de un epiléptico.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—¿Seguro?

—Casi seguro.

—¿Edad?

—Media edad. Un hombre maduro, no un joven ni un anciano.

—¿Estado de salud?

—No del todo buena, pero tampoco se trata de un enfermo.

—¿Inteligencia?

—Mejor sería decir astucia.

—¿Algo más, Lester? ¿Algo digno de ser destacado?

—Es un hombre cultivado, con temperamento artístico y buena educación. Es también, en el fondo, un rebelde. Posee, por llamarlo de algún modo, un afán de destrucción constructivo. No titubearía en derribar un edificio para alzar en su sitio otro diez pisos más alto.

—¿Es un asesino en potencia?

—Podría serlo.

—¿Sí o no?

McCary escurrió el bulto.

—Dedúcelo tú mismo de los rasgos de su carácter.

—Gracias —masculló Johnny—. Pasaré a recoger los documentos cuando disponga de un rato libre.

La respuesta a su propia pregunta, a si el autor de los anónimos era o no un asesino en potencia, de sobra sabía que era afirmativa. Un rebelde, un «destructor constructivo», un ambicioso, un soñador de temperamento inestable, un cobarde corregido a copia de voluntad; el hombre que era todo esto era también un asesino si surgían el motivo y

la ocasión.

Pero, aquel retrato, ¿a quién correspondía? ¿A cuál de los personajes que había conocido?

Repasó mentalmente la lista: Harry Armstrong, el jefe de personal de Artytex, descartado según el testimonio de Lester McCary; Richard Lee y John Ruskin, los dos obreros que a él le habían parecido absolutamente incapaces de escribir un anónimo; Bill Gruber, apoltronado como un sultán en su despacho del restaurante Spartivento; Israel Flapp, agonizante en casa de Mamie Adams, aislado, incomunicado, sin fuerzas, sin vida. El retrato no parecía convenir a ninguno de ellos con la posible excepción de Gruber. Pero Gruber no era un cobarde maquiavélico, sino un luchador. Había roto, por añadidura, con su antiguo mundo, lo había borrado, y Dudley J. Chase formaba parte de este mundo. El y Piasetta no habían titubeado en mostrarle los dientes a Chase, francamente, abiertamente. ¿Quería guerra? Pues tendría guerra. La reacción era plausible. ¿Lo era también que Gruber, entre rubita y morenita, entre chiste grueso y chiste grueso, se dedicara a enviar cartas amenazadoras?

Quedaba Celia Blackmon, la viuda. Una mujer, cuando, siempre según McCary, el autor de los anónimos era un hombre.

¿Y qué? Una mujer puede tener un cómplice masculino. Había transcurrido mucho tiempo entre el momento en que Celia Blackmon amenazó a Chase con matarle y arrancarle los ojos, y aquel en que los anónimos comenzaron a llegar. Un intervalo sedante para las pasiones. Pero hacia el final de aquel intervalo había surgido el hombre y las pasiones se habrían reavivado. El hombre que escribía por Celia. ¿Era descabellada la hipótesis?

Lo era hasta cierto punto. Johnny pensó que necesitaba conocer a la viuda Blackmon antes de formarse una opinión definitiva.

Sin embargo, fracasó en su propósito. Celia Blackmon se había ausentado de Billingwood a raíz de haberse frustrado su intento de probar que la muerte de su marido no fue un accidente. Nadie conocía su paradero ni había vuelto a oír hablar de ella. Unos decían que estaba en Nueva York, otros que en el Oeste. Sus antiguas amistades le habían perdido el rastro.

Johnny temía que, en lugar de en Nueva York o en el Oeste, estuviera en Chicago, y mucho más cerca de Chase de lo que el propio Chase sospechaba. Pero no había hallado la menor confirmación de sus temores, no la había hallado aún la crítica noche en que el millonario le llamó para decirle que una mujer había muerto.

Capítulo VI

LOS anónimos continuaron llegando. Chase se hundió más y más en el miedo, se volvió reticente y furtivo, perdió su candorosa alegría de vivir, renunció a sus juergas y se encerró en casa.

Johnny había alcanzado con sus pesquisas un punto muerto. Piasetta y Gruber guardaban silencio. Ruskin y Lee proseguían su rutinaria existencia habitual. De Flapp no había noticias. Celia Blackmon no había sido encontrada.

Hacía dos semanas que el detective ocupaba su puesto junto a Chase.

Fue entonces cuando el financiero celebró una segunda conferencia con su abogado, con el clérigo baptista y con el hombre de aire distraído. Johnny no asistió a ella: permaneció en la sala de espera del abogado, leyendo en una revista de cine la biografía de Mike Todd y los detalles del accidente aéreo en que había perecido.

Luego, empero, en el coche, de regreso a la residencia de Chase, dijo éste:

—La fecha de hoy pasará a la historia. Acuérdesse de ella cuando oiga hablar de la Fundación Chase.

Johnny le miró con asombro.

—¿La qué?

El hombrecillo suspiró. Su actitud era de suma gravedad. Todo elemento infantil se había desvanecido de su apariencia. Había, en los últimos días, perdido su color sonrosado, su forma física y su agilidad. Era mucho más viejo, muchísimo más viejo.

—No tengo a nadie en el mundo, Stokes. Soy solamente un solterón rico e inútil, y hasta ahora no me había dado cuenta de que a nadie le importo nada, y que si a alguien le importa algo de mí, es mi dinero. Muy bien, de ahora en adelante, si yo no he sido útil, mi dinero sí lo será. ¿Sabe usted lo que acabo de hacer en el despacho de Dunn?

James T. Dunn era el abogado.

—No.

—He firmado mi testamento. El día que yo muera nacerá la Fundación Chase.

El detective creyó comprender.

—¿Una empresa filantrópica?

—Sí. Dedicada a la educación de los jóvenes sin recursos. He

nombrado a Dunn, al reverendo Cochrane y al profesor Keene albaceas y administradores. A mi muerte, harán un inventario de mis bienes, los capitalizarán y liquidarán. El fondo resultante constituirá la Fundación Chase, que se nutrirá de sus propias rentas.

El reverendo, el profesor y el abogado eran, los tres, más viejos que Chase. Fue lo primero que Johnny pensó.

Si el millonario los había designado albaceas, era porque esperaba morir antes que ellos. Morir pronto. Crear una institución benéfica era una patente prueba de miedo a la muerte.

—¿Hasta ese punto está usted asustado?

—Resignado —rectificó el hombrecillo—. Desde que alguien ha demostrado tan claramente que me odia y que llevará su odio hasta el crimen, no hago más que meditar... He repasado toda mi vida: no hay en ella mucho de que enorgullecerse. Mis convicciones se derrumban, Stokes. Si ese oculto y misterioso enemigo quiere matarme, por algo será. Le he dado motivos. Seguro que se los he dado...

—¡Vamos, Chase!

—Usted lo sabe tan bien como yo. Usted me desprecia, maldice el dinero que le pago, y maldice con más saña aún la esclavitud de la vida, que le impide arrojarme a la cara ese dinero y decirme francamente lo que piensa de mí.

—Se lo dije en una ocasión.

—En efecto —asintió Chase amargamente—. Antes de que yo le ofreciera doscientos dólares diarios.

Johnny calló.

Al cabo de un rato añadió el financiero:

—Puesto que van a matarme, es mejor que deje arreglados mis asuntos. Lo están ya. No tiene usted idea del alivio que experimento.

—¿Conciencia culpable?

—Llámelo sentido del deber. Una simple firma al pie de un documento me ha revelado que mi soledad no es verdadera: tengo millones de hermanos. ¿Cuántos habitantes hay en el mundo? ¿Lo sabe usted, Stokes?

Johnny no lo sabía.

—No me interprete mal —dijo—, pero creo que el autor de los anónimos, si pretendía causarle a usted un daño, se ha equivocado por completo. Dudo que nadie le haya hecho nunca tanto bien. Aunque detrás de los anónimos venga la muerte.

—No le interpreto mal. Lo mismo creo yo.

—Dos semanas atrás, cuando usted entró en mi despacho, imaginar esto habría sido imposible. Reciba mi enhorabuena, señor Chase. Ya no es usted el lobo de mayores colmillos.

—Ya no —asintió él financiero amargamente—. Y es ahora cuando

los demás lobos me van a morder... Le ruego que hable de esto lo menos posible. De la fundación. Es usted un muchacho honesto e inteligente. Otros podrían interpretarlo como una vanidad mía, como un prurito de vanagloria.

Johnny sintió por el millonario profunda conmiseración. Fuera quien fuese, el autor de los anónimos había ejecutado a maravilla su obra. Dudley J. Chase estaba anonadado, tan deshecho como Gruber, como Flapp, mucho más que cualquiera de los obreros de la fábrica incendiada.

De pronto, dijo el detective:

—¿Se acuerda usted de Israel Flapp?

Chase contrajo la boca en una mueca.

—¡¿Quién le ha hablado de él?!

—Le he visitado.

—Comprendo. Su testaruda opinión sobre los anónimos... Sí, claro que me acuerdo de Flapp. Un tipo medio loco, un bohemio que debía cinco mil dólares...

—No estaba medio loco, sino enfermo de cáncer. Morirá de un momento a otro. En la mayor miseria, sin cuidados médicos, sin amigos, con los recursos imprescindibles para comprar alcohol barato, tabaco y morfina hasta que le llegue el fin.

El financiero murmuró algo ininteligible. Agregó:

—¿Por qué me dice eso?

—Porque Flapp vive sus últimas horas recogido por una mulata, la señora Adams, en el número doce de Campbell Square.

Hubo un largo silencio.

—Anóteme esas señas —murmuró luego Chase.

Y Johnny lo hizo.

Tres días después llegó un nuevo anónimo. Contenía una sola pero expresiva palabra:

«Prepárate.»

Fue el primer mensaje que el financiero acogió con serenidad. Después de leerlo, con desdeñosa indiferencia, lo empujó a través de la mesa hacia el detective.

—Estoy preparado.

Johnny tuvo en aquel momento la angustiosa premonición de que el final de la historia era inminente. «Prepárate.» Chase estaba preparado, maduro para el golpe. Este no podía tardar.

—Señor Chase, no le pido que confíe en mí, porque conoce usted perfectamente mis limitaciones y me contrató conociéndolas. Pero le

juro —Johnny era sincero— que pondré todo mi empeño, todos mis sentidos y mi habilidad, en proteger su vida. Desde hoy adoptaremos precauciones extraordinarias.

El detective, no obstante, se había equivocado. No en que el final de la historia fuera inminente, pues, en efecto, el final se produjo, pero sí en la clase de final. Transcurrieron dos, tres, cuatro días, y no llegaron nuevos anónimos. No pasó absolutamente nada. No había pasado nada al cabo de una semana. A los diez días había Chase olvidado sus temores y recobrado su buen humor, su buen color, su alegría, su afán de diversiones, su sed de negocios.

Desaparecida la tensión, vencido el instante crítico, Johnny se encontró nuevamente en el centro del antiguo ciclón: almuerzos, reuniones, partidas de cartas, cenas con champaña, cócteles, espectáculos y citas con mujeres. Chase exultaba. La fundación y el estado de ánimo que acompañó su proyecto yacían en lo más hondo de la sima del pasado.

El detective se lo dijo a Stapleton:

—Es insensato continuar por ese camino. O el peligro ha pasado, en cuyo caso el señor Chase ya no necesita mis servicios, o aquél es más grave que nunca, y yo nada podré hacer en las circunstancias en que me encuentro. ¡Ese hombre se ha vuelto loco!

Stapleton, pensativo, sonreía.

—Opino, por el contrario, que su reacción es natural. Tiene la sensación de que ha vencido la amenaza, de que resurge a la vida. Está en plena euforia, como todo hombre que en última instancia se libra de la muerte.

—¡Él no se ha librado de la muerte!

—Quizá no; pero quizá porque, en realidad, la muerte le ha rondado. Los anónimos terminan como empezaron. Su autor se ha cansado de gastar tinta, o ha encontrado otra diversión.

—¿Usted sigue creyendo que esos anónimos son inofensivos? ¿Que no anuncian un auténtico propósito de asesinar?

—No sé, Stokes —Stapleton titubeó—. Uno no puede sentar afirmaciones categóricas en un asunto así. Sin embargo, ¡ha habido en los anónimos tanto melodrama! ¡Han llegado durante tanto tiempo sin que nada ocurriese! Desde el comienzo esperaba yo que todo terminaría poco más o menos como termina ahora.

Johnny dijo:

—El autor de los anónimos era un verdadero homicida en potencia.

—¿Cómo puede afirmar una cosa así?

—No lo afirmo yo. Existe una ciencia llamada grafología, señor Stapleton. Un perito grafólogo ha examinado los mensajes y está dispuesto a jurar ante un tribunal cuáles son los rasgos más salientes del

retrato psicológico de su autor. Uno de los rasgos es la inclinación al asesinato.

Stapleton miró fijamente al detective.

—¿Esto es científico? ¿No es una especie de quiromancia o astrología?

—Es científico.

—Bueno —el financiero se encogió de hombros—; sea como sea, los anónimos han cesado. No se preocupe usted más.

—No me preocupo. Pero hoy mismo renunciaré a mi trabajo junto al señor Chase. Aunque usted y él no puedan comprenderlo, el dinero me gusta ganarlo, no que me lo regalen.

Stapleton rió.

—Excelente. Su tía Dorothy se sentiría orgullosa de esas palabras.

En la antesala del despacho de Chase, Nancy Quentin tecleaba diligentemente en su máquina. Johnny se paró a contemplarla desde la puerta. Pensó que muchos habrían pagado —como pagaba Dudley J. Chase— por presenciar aquel espectáculo que a él se le ofrecía gratis; un espectáculo sencillo, vulgar, repetido en millares de oficinas: una muchacha escribiendo a máquina; pero, con Nancy, ¡qué diferencia!

—Es lo único que le envidio a ese imbécil —dijo—. Lo único que hace deseable su dinero.

La joven alzó la vista y le sonrió.

—¿Qué, Johnny?

—Poder pagarse el placer de admirarte ocho horas al día.

—Cada vez que te muestras galante —replicó ella—, demanda de informaciones en perspectiva. ¿Qué quieres ahora?

Desde su charla en Daemer's Den se habían visto en muchas ocasiones; unas en la oficina, otras a solas. Pero Nancy no parecía olvidar lo que al comienzo de aquella noche había ocurrido.

—Quiero despedirme —dijo él.

La muchacha echó atrás la silla para apartarse de la máquina.

—¿Despedirte? ¿De mí?

—De Chase, por lo menos. Creo que mi misión ha terminado. Puede que no sepas que hace días dejé de recibir cartas amenazadoras. Es ridículo continuar.

Ella asintió lentamente.

—Si no lo supiera, lo habría adivinado por su actitud. Vuelve a ser el hombre que siempre fue. Johnny, ¿tienes algo que ver con ello?

—¿Yo?

—¿Has asustado al autor de los anónimos? ¿Le has disuadido de su idea? Estoy segura de que sí. Estoy segura, Johnny.

El hizo una mueca.

—Me he limitado a dar palos de ciego. Si alguno acertó, no lo sé.

—Me engañas.

—¡Qué más quisiera!

—¿Quién escribía esas cartas, Johnny?

—Un hombre cobarde —dijo el detective. Había examinado mentalmente tantas veces el retrato trazado por Lester McCary que se lo sabía de memoria—. Un cobarde que ha superado su cobardía a fuerza de voluntad. Escéptico, ambicioso, codicioso de bienes materiales, soñador, fantasioso, inclinado al disimulo y la ficción, de carácter muy inestable, muy emotivo, acaso un epiléptico. Mediana edad, salud no del todo buena... Más astuto que inteligente; cultivado, con temperamento artístico y buena educación. Un rebelde, un destructor. Un asesino potencial... Si me das el nombre de la persona a quien corresponden estos rasgos, habrá un premio para ti muñeca.

—Me llamo Nancy.

—Nancy.

La joven se mordió los labios.

—Es imposible...

—¿Qué?

—¿Te burlas de mí? Muchos de esos rasgos, quizá todos, corresponden al propio señor Chase.

Una expresión de perplejidad se extendió por el rostro del detective.

—¡Repíteme eso!

—Lo has oído bien.

—Cuerno —murmuró él—. Sería...

Le interrumpió el zumbido del interfono. Nancy conectó el aparato.

—¿Hay algo urgente? —preguntó la voz de Chase—, Tengo que marcharme. ¿Ha buscado lo de Grant?

—Sí, señor Chase; la fecha es dos de junio. El señor Stokes está aquí.

—¡Naturalmente que está aquí! Ha venido conmigo.

—Me refiero a que quiere hablarle.

—Dispone de todo el día para...

Johnny se aproximó a la mesa y se inclinó sobre el interfono.

—Quiero hablarle ahora, señor Chase.

—¿Importante?

—Sí.

—Pase.

Nancy cortó la comunicación y dijo:

—Liquidado el asunto, las personas relacionadas con el cliente, su secretaria entre ellas, carecen por completo de interés. Adiós, Johnny. Conocerle ha sido una experiencia muy curiosa.

—Luego discutiremos eso —respondió él.

El financiero le aguardaba en pie, paseando a su manera pajaril y saltarina de un lado a otro del despacho. Estaba nervioso.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Me despido —dijo tranquilamente Johnny—, Pronto hará dos semanas que cesaron los anónimos. El señor Stapleton opina que ha pasado el peligro. Usted da a entender con su conducta que opina igual. Mis servicios ya no son necesarios.

Chase le dirigió una ceñuda e impaciente mirada.

—¿Cobra poco?

—¡Cobro demasiado! ¡Doscientos cincuenta pavos diarios por jugar a detective de salón! ¿No se da cuenta de que eso es humillante?

—Stokes, posee usted un desconcertante sentido de la dignidad. Cualquiera envidiaría su trabajo.

—Yo soy así.

La mirada del financiero, fija en el rostro de Johnny, reflejó súbita curiosidad.

—¿Por qué opina Stapleton que ha pasado el peligro?

—¿Por qué lo piensa usted también?

—Ya no lo pienso. —Chase hablaba ahora gravemente—. ¿Recuerda el texto del último anónimo? «Prepárate», nada más. Creo haberle dicho a usted que estaba preparado. Hice testamento. Tranquilicé mi conciencia. Me dispuse a morir, ¡y sigo dispuesto a morir! ¿Qué gano acobardándome? El fin de las amenazas, cierto, puede significar que el peligro ha pasado, pero me inclino a interpretarlo como señal de que mi enemigo se dispone a descargar el golpe... ¡Muy bien, adelante! Quizá mi enemigo sea un desdichado sin empleo que se muere de hambre desde el incendio de la Artytex, y quizá mi muerte permita que su hijo, si lo tiene, se convierta mañana, gracias a la Fundación Chase, en el hombre de provecho que su padre no fue.

Johnny se quedó boquiabierto.

—Jamás esperé oír eso de usted.

—Bien, pues ya lo ha oído. Márchese, déjeme solo si le avergüenza el dinero que gana. Pero quiero que sepa que me he acostumbrado a usted y a la sensación de que sus ojos vigilan mientras los míos están, ¿por qué no?, ocupados en admirar los encantos de una rubia. Si permanece a mi lado le pagaré trescientos dólares.

—¡Trescientos dólares! ¿Ha perdido el juicio?

—Hago con mi dinero lo que me apetece.

El detective murmuró una maldición.

—Señor Chase, yo no sé ya si le desprecio o le admiro. Usted ha trastocado mi vida. Sin embargo, mi conciencia me dice que no debo continuar. Presiento... adivino... no podría explicarlo, pero me parece estar metido en una farsa cuyo sentido no vislumbro. Hay a mí

alrededor algo irreal, algo falso. Soy un títere. Ignoro quién me mueve, pero lo soy. Y lo más probable es que me mueva usted.

—¡No diga tonterías!

Johnny sacudió la cabeza.

—lo siento. Me vuelvo a casa, señor Chase. Tengo un negocio que cuidar. El papel que desempeño a su lado no está hecho para mí.

—Busquemos un término medio —sugirió rápidamente Chase—. Vuélvase a casa si ello halaga su afán de independencia, pero manténgase a mi disposición para cualquier momento en que yo crea necesitarle. Como al principio, salvo que continuaré pagándole doscientos cincuenta dólares.

—No.

—Una semana más. Solamente una semana.

Johnny cerró los ojos. Solamente una semana. Mil setecientos cincuenta dólares por una semana.

—Sea. Si al término de la semana no ha habido novedad, termina nuestro acuerdo. Pero exijo manos libres.

—¿Para entretenerse siguiendo pistas falsas? Stokes, eso es perder tiempo. No me dirá que le atribuye los anónimos a Bill Gruber, o que se los atribuía a Flapp.

—¿Atribuía?

—¿No sabe que ha muerto?

El detective guardó un instante de silencio.

—Usted me obligó a suspender mis pesquisas. No sabía nada.

—Hice que le trasladaran al hospital, que fuera reconocido por los médicos. Su caso era desesperado. Murió de un colapso poco tiempo después.

—Un lobo no haría eso por otro lobo, señor Chase.

—Le dije —replicó el financiero suavemente— haber descubierto que tengo millones de hermanos.

—¿Cuándo fue trasladado Flapp al hospital?

—Al día siguiente de haberme dado usted sus señas.

Johnny miraba al suelo.

—¿Cuándo murió?

—A los cuatro días.

¿Era coincidencia? Tres días después de haber dado él a Chase las señas del enfermo se recibió el último anónimo, y ninguno más se había recibido después de la muerte de Flapp. ¿Se equivocó al juzgar a éste? Israel Flapp aparentaba serenidad, resignación, olvido. ¿Era sincero? ¿Acaso un imposibilitado como él, agotado, aplastado, vencido, no poseía personalidad más adecuada para desahogar su odio impotente escribiendo inútiles cartas amenazadoras? ¿No podía haber enviado

dichas cartas sin el conocimiento, o con la complicidad, de Mamie Adams?

De ser así, el peligro habría desaparecido, en efecto. Muerto Flapp, muertos los anónimos, muerta la amenaza. Ello explicaría aquellos diez días de calma, de una calma que ya nada volvería a turbar. El golpe que esperaba Chase nunca sería descargado.

Pero ¿era así?

Johnny no comunicó al financiero sus ideas. Tenía una semana de margen. Mil setecientos cincuenta dólares de margen.

Durante los tres días siguientes trocó su habitación del Redmount Hotel por un cómodo apartamento en Lakeview Bulevar, cambió su «Chevrolet» del 52 por un modelo 58 e inauguró su nueva oficina en el La Java Building. Durante las tres noches siguientes apenas pudo dormir.

Estaba seguro de que todo había ya terminado, de que se le pagaba meramente por jugar a detective de salón. Un juego innoble.

Luego, a eso de las tres de la madrugada, Dudley J. Chase le llamó por teléfono.

Capítulo VII

METIDO en cama, pero completamente despierto todavía cuando el teléfono sonó, Johnny extendió la mano y descolgó el aparato.

—Diga.

A duras penas reconoció la voz de Chase.

—¿Es usted, Stokes?

—Sí.

—¡Dios mío! Ha ocurrido... algo espantoso... ¡Stokes! ¡Stokes!

La voz sonaba entrecortada, alterada por una violenta emoción. Sin querer, Johnny evocó las palabras de Lester McCary que tenía hinchadas en la mente: «Cobarde... psicología desigual, inestable, sujeta a fuertes emociones...»

—¡Domine sus nervios, señor Chase! ¿Qué le pasa?

—Temo... temo haber matado a una mujer...

Un «destructor constructivo». Un asesino en potencia.

—¿Dónde está usted?

—En un *drug-store* de la calle Fulham.

—¿Qué número?

—No lo sé... ¡Por favor, Stokes!

—¡Cállese! ¿A qué altura de la calle Fulham?

—Junto al Caution Center.

—Atiéndame. Preste atención. ¿Va a enterarse de lo que le diré?

—¡Siga!

—Compre en ese *drug-store* una botella de whisky eche un trago y tranquilícese. Aguarde en la esquina del Caution Center. Pasaré a buscarle en mi coche, que es un «Chevrolet» de este año, blanco y verde. No tardaré más que unos minutos.

—¡Stokes! ¿No quiere que le cuente...?

—Luego.

Johnny colgó el teléfono, saltó de la cama y comenzó a vestirse a toda velocidad. Procuraba no pensar. Era tan asombrosa la noticia que Chase le había dado, que prefería no analizarla hasta haber escuchado las explicaciones del financiero. Había estado esperando la muerte de Chase, ¡y se encontraba con una muerte cometida por él!

¿Qué sentido tenían las cosas? ¿Qué farsa se había representado a su

alrededor? ¿Qué farsa se representaría a partir de aquel momento?

Sin perder un segundo concluyó de vestirse, tomó su pistola, descendió al garaje del edificio y sacó el coche. Como había prometido a Chase, tardó apenas unos minutos en alcanzar la esquina de la calle Fulham y el Caution Center.

El financiero estaba allí: una apocada y rolliza figura, inmóvil en la acera. Johnny se detuvo frente a él y abrió la portezuela del «Chevrolet».

—Suba.

Chase dejó caer resollando en el asiento. Iba destocado, con el cabello y las ropas en desorden. Olía fuertemente a whisky, del cual tenía entre las manos una botella descorchada.

—Stokes, gracias a Dios. Debe usted... debe sacarme de esto...

—Cuéntelo todo —exigió el detective, con hostilidad. Puso el coche en marcha y lo condujo lentamente calle abajo—. Desde el principio. ¿Quién era la mujer?

—Usted no la conoce.

—¡El nombre!

—Margo Bannister.

—Adelante.

Chase se llevó el gollete de la botella a los labios, y bebió.

—La... conocí... hace un par de días. Una muchacha interesante. Artista. Venía de Las Vegas, donde había conseguido éxito en no recuerdo qué local, y buscaba contrato aquí. El camino de Broadway, ¿entiende? Prometí ayudarla. Esta noche debíamos cenar juntos...

—¿Dónde y cuándo la conoció? Yo estaba con usted hace un par de días.

—Fue en casa de Chabannes, el pintor, por la noche. ¿Recuerda? Usted me dejó allí y le permití marcharse.

Johnny asintió.

—¿Por qué ha prescindido esta noche de mi compañía?

—Porque... era ridículo... He perdido el miedo, Stokes. No tenía que hacer sino salir de casa, recorrer unas cuantas manzanas y subir al apartamento de Margo. Era ridículo.

—El lío en que se ha metido parece buena prueba de que no lo es. ¿Qué más?

Chase se secó el sudor con el dorso de la mano.

—Pues... he ido al apartamento de la chica... Había preparado una cena íntima. Delicioso... Una muchacha encantadora, tan comprensiva, tan discreta y tan...

—Ha ido a su apartamento.

—Sí. Una cena íntima. Hemos comido, bebido y conversado. Pero algo no era... ¡Buen Dios, desde la adolescencia no me había ocurrido

una cosa semejante! Me he sentido embriagado después de un par de copas. Increíble. Sueño... un sueño... un sopor... Todo me daba vueltas, Stokes. ¿Usted recuerda su primera borrachera?

—Ningún hombre olvida su primera borrachera.

—Cierto. Bueno, pues igual. Primero, una alegría idiota, luego caminar sobre una nube, luego náuseas, luego sueño. Supongo que me he quedado dormido. Al despertar... ¡Oh, no, no, no!

—¿Ha matado a esa paloma al despertar?

—¡No! Si he sido yo, no sé cuándo he podido... hacerlo... Ella estaba muerta casi en mi regazo, en parte tendida en el diván donde yo me sentaba, en parte en el suelo. Tenía clavado en la espalda un cuchillo — Chase se estremeció y recurrió ávidamente a la botella—. Un cuchillo con el que yo había jugado distraídamente mientras hablábamos. Horrible, Stokes, ¡horrible! Verla me ha despejado completamente. Pero no consigo recordar... A partir de determinado momento, mis recuerdos se esfuman. ¿Y cómo demonio he podido emborracharme? ¡Le juro que me parece vivir una pesadilla!

—¿Lleva usted encima manchas de sangre?

—No lo sé. No he reparado.

—¿Discutió con la muchacha?

—¡No!

—¿Qué es lo último que recuerda?

—Que ella... puso un poco de música. La radio. Quise que bailáramos, y no me respondían los pies. Margo dijo: «Vamos a sentarnos. Otra copa te entonará.» Y me sirvió otra copa.

—¿De qué?

—De champaña.

—¿Y luego?

—Ya se borra todo. Yo me esforzaba por disimularlo, pero me sentía infernalmente mal. Quizá... el hígado... No sé, no sé. Lo espantoso es que Margo está muerta.

—¿Había alguien más en el apartamento?

—No.

—¿Tiene conciencia de haber percibido en algún momento la presencia de otra persona?

—No, en absoluto.

—¿Vio trazas de esa persona al despertar?

—Sólo vi a Margo. Perdí la serenidad, Stokes. He salido huyendo, me he encontrado en la calle no sé cómo... He vagado algún tiempo, creo que a punto de desmayarme, hasta que se me ha ocurrido la idea de llamarle a usted. Una pesadilla; de verdad, una pesadilla.

Johnny retuvo la mano del hombrecillo y le apartó la botella de la

boca.

—Ya ha bebido bastante. ¿Dónde vivía la muchacha?

—¿Quiere ir allí?

—Apuesto a que olvidó el sombrero en el apartamento, a que dejó una docena de señales de su presencia. Si mató usted a la chica, lo pagará, y yo seré el primero en procurar que lo pague; pero, si no la mató, intentaré mantenerle al margen del asunto.

Chase citó las señas y, compungido, se acurrucó en el asiento. Sus delicadas manos acariciaban convulsivamente la botella de whisky.

El bloque de apartamentos donde había residido Margo Bannister era, exteriormente, feo y gris. Johnny pasó de largo ante él, dobló la primera esquina y estacionó el coche en la calle lateral.

—¿Tiene el edificio conserje nocturno?

—No —dijo Chase, con voz ahogada—. Son cinco edificios, en realidad. Cinco escaleras. Cinco puertas con cerradura automática. Hay que llamar... Creo que, al marcharme, dejé abierto.

—Esperemos que nadie haya cerrado —gruñó el detective. Retiró la llave del contacto y se la guardó—. Usted no se mueva de aquí. ¿Cuál es la puerta?

—La tercera. Letra C. Apartamento dos cero dos.

Johnny suspiró con satisfacción al llegar ante la puerta C. Seguía abierta. Debía de haber bastante tiempo que Chase había salido, pero, dada la hora, era poco probable que alguien hubiese entrado y cerrado desde entonces.

Apartamento doscientos dos. Segundo piso, muy cerca del ascensor y de la escalera.

También aquella puerta estaba abierta. Una luz rojiza se vislumbraba por la abertura; la clase de luz que una muchacha que aspira a triunfar en Broadway tiene encendida cuando ofrece una cena íntima a un caballero adinerado.

Johnny entró.

La vulgaridad era agobiante. Apartamento amueblado, sin un mal cenicero como detalle personal. Una estación de paso entre Las Vegas y el Broadway de Nueva York.

Sólo que para Margo Bannister se había convertido en estación término.

Estaba tal como Chase había dicho: derrumbada sobre el diván, con las piernas en él suelo. Era morena, y llevaba, la pobre, un bello vestido blanco que la sangre había echado por completo a perder. El mango de madera tallada de un cuchillo asomaba por su espalda, junto al omoplato izquierdo, a la altura exacta del corazón.

Johnny abarcó de una mirada la mesa inmediata al diván, donde aparecían los restos de la cena, dos copas, dos botellas de champaña,

una recién comenzada y la otra vacía, y la pitillera y el encendedor de oro que solía usar Chase. Había también un estuche oblongo, un característico estuche joyero, abierto y vacío. El detective se aproximó a la muerta y vio en su muñeca un pequeño pero ostentoso reloj. Nuevo, saltaba a la vista. Regalo de Chase. Haciendo una mueca, soltó la hebilla y se guardó el reloj, junto con el estuche, el papel que lo había envuelto, la pitillera y el encendedor.

El sombrero del financiero estaba sobre una silla. Sin tocarlo, Johnny inició un examen del lugar. No esperaba encontrar gran cosa, y no la encontró: ropas en el armario —las ropas de una muchacha que empezaba apenas a recorrer el mundo de Broadway—, algunas facturas, unos libros, un surtido de cosméticos y artículos de tocador. Margo Bannister no tenía historia, no tenía pasado, y ya nunca tendría futuro. En el compartimiento central de un escritorio-biblioteca, una carpeta contenía unos cuantos recortes de periódico y media docena de fotos publicitarias. Los recortes eran anuncios del Casino Club de Las Vegas, y en ellos figuraba el nombre de una tal Lovely Margo, sin duda Margo Bannister. En los primeros anuncios, Lovely Margo estaba en noveno lugar entre los nombres reseñados. Ascendía progresivamente, y progresivamente aumentaba el tamaño de las letras, hasta el tercer puesto. No pasaba de allí.

Los documentos personales de la joven se hallaban en un bolso de piel color castaño, probablemente el último que había usado. Johnny los dejó donde estaban, salvo una agenda que se guardó con el resto del botín.

Si se llevaba el sombrero de Chase, todo rastro abultado de la visita del millonario habría desaparecido. Quedarían sus huellas dactilares. ¿Cuánto tiempo le ocuparía borrarlas, por lo menos de los objetos más reveladores?

Debía hacerlo si Chase era inocente de aquel crimen. Pero ¿lo era?

Johnny permaneció unos momentos pensativo, con los ojos fijos en el cadáver y en el cuchillo que sobresalía de su espalda. Luego, lentamente, se aproximó a la mesa. Dos cubiertos, dos platos, dos copas.

Dos copas. Una levemente manchada de rojo de labios, y otra no. Había un resto de champaña en la que no.

El detective levantó aquella copa y husmeó su contenido. Una expresión de perplejidad se extendió por su rostro. Miró en torno, como buscando algo. Cogió la botella de champaña vacía y vertió en su interior el líquido de la copa. El tapón de corcho, inflado, no servía para taparla. Obturó, pues, el gollete improvisando un tapón con el papel que había envuelto en el estuche del reloj.

Sin titubear, sacó entonces su pañuelo y procedió a limpiar el exterior de la copa, los cubiertos y todo cuanto podía conservar las huellas de Chase. Pero estaba sólo iniciando la tarea cuando se vio

obligado a interrumpirla.

En el silencio de la madrugada se había oído distintamente cómo un coche, otro, otro, hasta tres, se detenían en la calle, frente al edificio. Sonó el golpe de las portezuelas. Pesados pasos, pesados e inconfundibles... Los pasos de hombres que se saben con derecho a entrar pisando fuerte en todas partes.

La policía. No podía tratarse sino de la policía.

Sorprendido, Johnny dejó lo que estaba haciendo. Tomó el sombrero de Chase y la botella de champaña. Miró de nuevo en torno. Sacó aún el pañuelo, se inclinó sobre el cadáver y, con una mueca de repugnancia, restregó apresuradamente el mango del cuchillo.

Luego abandonó el lugar.

Los pasos sonaban ya en el vestíbulo del edificio, cortándole la retirada. Su única vía de escape, aunque dudosa, era la escalera de incendios. Guiándose por el instinto, Johnny corrió pasillo adelante. Encontró la ventana que esperaba y que, efectivamente, se abría, como en otras construcciones del mismo estilo, a la escalera de emergencia. Salió por ella cuando ya se oía subir el ascensor.

Momentos después hacía bascular la porción inferior de la escalera y asentaba los pies en el cemento del patio de servicios. El camino parecía hallarse libre. En dos minutos ganó la calle. Rodeó la manzana por la parte trasera, caminando sin prisa, y alcanzó el punto donde estacionara su coche sin haberse tropezado todavía con nadie.

Halló a Chase amodorrado en el asiento del «Chevrolet», apestando a whisky. Sin decirle nada guardó la botella de champaña en la bolsa de la portezuela y le encasquetó el sombrero al financiero de un manotazo. Puso el coche en marcha, recorrió dos manzanas y dio la vuelta hacia el edificio de apartamentos. Pasó frente a éste a marcha moderada. No se había engañado: la policía estaba allí. Tres coches, uno de los cuales era un patrullero.

Chase se estremeció y masculló:

—¿Era verdad? ¿Está muerta?

—Sí.

—Dios me ampare.

Johnny condujo un trecho en silencio, sin rumbo fijo. Luego preguntó:

—¿Tiene usted conciencia de haberla matado? ¿Recuerda algo de lo que sucedió?

—Nada absolutamente, Stokes.

—¿Ha avisado a la policía?

El financiero se sobresaltó.

—¿Yo? ¿Me cree loco? ¡Naturalmente que no!

—Está bien, tranquilícese. Usted no mató a esa mujer. Ignoro quién

lo hizo, pero seguro que no fue usted. La policía acaba de llegar al apartamento. Alguien la ha avisado, alguien conocedor de que Margo Bannister ha sido asesinada. ¿Comprende lo que esto significa?

—¿Algún vecino?

—Los vecinos duermen, o dormían hasta ahora. Todo continuaba igual como usted lo dejó al escapar. No, Chase. La policía ha sido avisada por alguien que estuvo en el apartamento mientras usted dormía, que sabía que Margo había muerto... y que esperaba que los agentes, al llegar, le encontrasen a usted allí.

—¿Cómo? —exclamó el hombrecillo roncamente.

—En efecto, el asunto tiene el aspecto de una trampa preparada para cazarle. Una trampa mortal.

Chase murmuró algo ininteligible, buscó frenéticamente en el asiento, hasta encontrar la botella de whisky, y bebió un trago.

—Stokes —suspiró.

Estaba despavorido.

—Algo ha fallado, sin embargo —dijo el detective, con frialdad—. Con el champaña, Margo le suministró a usted un narcótico cuya acción ha resultado más débil de lo que el asesino esperaba. Por un motivo u otro, usted ha despertado antes de lo que era de suponer.

—¿Margo? ¿Dice usted Margo?

—Tiene que haber sido ella. Primero cómplice, luego víctima. Tiene que haber sido la propia Margo quien le provocó a usted esa extraña borrachera. Engañada, naturalmente. Sin la menor idea de lo que en realidad iba a pasar.

—Es... horrible...

—Vamos a lo fundamental. Al peligro de que la policía le relacione a usted con el asesinato. ¿Sabía alguien que usted cenaba con Margo esta noche?

Chase asintió melancólicamente.

—Sí. Hablamos de ello en casa de Chabannes. Otros se enteraron. No de los detalles, no exactamente de lo que haríamos, porque luego lo acordamos por teléfono, pero sí de que nos citábamos para esta noche. Estoy perdido por ese lado, Stokes.

El detective se encogió de hombros. Borrar completamente las huellas dactilares del apartamento habría sido inútil, pues la policía no habría tardado en averiguar quién fue el huésped de Margo. Haberlas borrado del mango del cuchillo quizá sirviera de algo, empero. De muy poco.

—¿Demostró Margo mucho interés por usted? ¿Facilitó las cosas? Ustedes trabaron amistad muy rápidamente. ¿Surgieron de ella las iniciativas?

—Diga interés por mi dinero, no por mí —rectificó Chase con

amargura—. Sí, demostró mucho, aunque no más que otras. ¿Está pensando que ya entonces comenzó a prepararme la trampa? ¿Que se me acercó cumpliendo instrucciones de una tercera persona?

—Sí.

—Es posible. Usted me conoce, Stokes. Soy lo bastante estúpido como para derretirme apenas me sonríe una mujer bonita.

—¿Alguno de los presentes en casa de ese pintor tenía motivos para sentir enemistad por usted?

—¡Oh, no! Yo no conocía a casi nadie, y a los que conocía era superficialmente. Mi relación con Chabannes es de circunstancias. Le encontré en el cóctel de Nora Rubinstein, ¿recuerda? Usted vino conmigo. Cuando un hombre tiene dinero, las invitaciones de los artistas llueven sobre él.

Chase recobraba progresivamente la serenidad.

—Muy bien —dijo Johnny—. Debemos ser realistas, señor Chase. Usted ha escapado por un pelo de la trampa, y debe seguir fuera de ella. Le conviene permanecer unos días oculto. Estoy pensando... Le daré una tarjeta para el dueño de un pequeño hotel de Michigan City, que es amigo mío. Saldrá hacia allí en el primer autobús y con nombre supuesto. No vuelva ahora a casa. Entrégueme la llave. Iré yo a recoger la ropa y efectos personales que necesite. Su escondrijo ha de ser secreto para todos, absolutamente para todos. Si las cosas se complican y se descubre que le he ayudado, perderé mi licencia. Excuso decirle lo que usted perderá.

—Yo no le contraté para ese trabajo —observó el financiero suavemente.

Johnny ignoró la observación.

—Contésteme a una pregunta. ¿Era usted mismo quien se enviaba los anónimos?

—¿Los... anónimos? —Chase semejó recibir un pinchazo — ¿Enviármelos yo? ¡Stokes! ¿Qué es lo que piensa usted?

—¡Dígame la verdad, o le conduciré inmediatamente a la policía! —conminó violentamente el detective.

Hubo un silencio. Hundido en el asiento, Chase respiraba con vigor. Su abdomen subía y bajaba.

—No le comprendo a usted, Stokes. Por supuesto, yo no me enviaba los anónimos. Jamás oí insensatez parecida.

—¿Hubo en ese asunto algo que usted me ocultara?

—¡Juro que no!

—¿Obró conmigo de buena fe?

—¡En todo momento, Stokes!

—Perfectamente. En tal caso, trataré de sacarle de apuros.

El «Chevrolet» deambulaba al azar por la ciudad dormida.

—Yo no le contraté para este trabajo —volvió a decir Chase, algún tiempo después—. Pero descubra al asesino de Margo y le pagaré cien mil dólares.

¡Cien mil dólares!

Las manos de Johnny se engarfiaron sobre el volante. Cien mil dólares por el asesino de Margo: dinero, dinero, ¡dinero!

Capítulo VIII

LA noticia no alcanzó las ediciones matinales de los periódicos. Después de haber pasado la noche en vela, después de haber dejado a Chase en el autobús de Michigan City, Johnny desayunó en un bar de la avenida Harriman. Se sentía cansado, incómodo y polvoriento cuando, a las nueve y diez de la mañana, entregó a los laboratorios Lewey la botella sustraída del apartamento de Margo.

—Contiene una pequeña cantidad de champaña —explicó—, mezclada con algo. Me interesa conocer la naturaleza de la sustancia mezclada.

Sabía que disponía de bastante margen para trabajar sin interferir con la policía, pues transcurriría tiempo antes de que ésta consiguiera localizar el círculo de relaciones de Margo Bannister y antes, sobre todo, de que Dudley J. Chase apareciese entre aquellas relaciones. Hacia las nueve y media se dirigió, a casa de Harry Chabannes, el pintor. Estaba seguro de que la policía no se le habría anticipado.

Chabannes dormía. Salió a abrirle en pijama, bostezando, erizado el cabello, y le miró sin reconocerle.

—Usted me recordará —dijo Johnny—, Soy el investigador que trabaja para el señor Chase. Me vio con él. Desearía hablarla un momento.

El nombre de Chase le abrió la puerta. Chabannes, excusándose, le condujo a su estudio, donde por lo menos veinte telas, cuyo tema exclusivo era una mujer, la misma de siempre, cubrían las paredes. Había en el caballete otra tela apenas esbozada.

—El señor Chase —prosiguió el detective, rechazando el cigarrillo que el pintor le ofrecía— conoció aquí la otra noche a una joven llamada Margo Bannister. Nos interesa... por motivos que no hacen al caso. Le quedaríamos muy reconocidos si pudiera usted darnos acerca de ella alguna información.

El vago «nos» impresionó al artista.

—¿Margo, dice? ¿Margo Bannister?

—Procedente de Las Vegas.

—Sí, ya lo sé. ¿Qué información quiere?

—Toda cuanta usted pueda darme.

Chabannes sacudió la cabeza.

—De poco le servirá. Lo más importante que sé de ella es que se cree una estrella de primera magnitud. Graznaba y se contoneaba con cierta gracia en el Casino Club de Las Vegas, y se figura que eso le basta para encontrar un caballo blanco que le subvencione un espectáculo propio. También sé que está sin un centavo. Pero quizá al señor Chase le tengan sin cuidado tales cosas.

Johnny no dijo ni que sí ni que no. Preguntó:

—¿Quién la trajo aquí la otra noche?

—¿Quién? Nadie. Vino sola.

—¿Pero usted la invitó?

—Esto no es un salón de la alta sociedad, amigo. Viene quien quiere. Hay jaleo casi todas las noches y Margo suele venir.

—¿Amiga de usted?

—La conocí hace tres meses en Las Vegas. Me llamó al llegar a Chicago... ¿Amiga? Pche. Simpática. Nada de particular, ¿comprende? ¿Cómo demonio puedo yo informarle? A lo mejor está casada y tiene una docena de hijos, o es una rica heredera que vive su vida, o se ha graduado en una Universidad, ¿yo qué sé?

—¿Lleva mucho tiempo en Chicago?

—Unos diez días.

—¿Qué hace aquí?

—Por ahora, tender las redes, Steve Braum, un agente de espectáculos, que la vio en Las Vegas, le había prometido conseguirle algo bueno, de modo que ella se vino disparada en su busca cuando terminó su contrato en el casino. Pero Braum está ahora fuera de la ciudad. Por lo demás, sospecho que Margo confió demasiado en sus promesas.

—Ya veo. No obstante, ella parece determinada a residir por algún tiempo en Chicago. Tiene alquilado un apartamento. Si fuera cosa de días viviría en un hotel.

El pintor enarcó las cejas.

—¿Un apartamento? ¿Margo?

—Sí.

—¿Está seguro? Según mis noticias vive, efectivamente, en un hotel. El Corolian. Barato, por supuesto.

—El hotel Corolian —repitió Johnny, pensativo—, ¿Tiene usted teléfono?

—Ahí. No, detrás de usted.

El detective buscó en la guía el número del Corolian. Lo marcó.

—Con la señorita Bannister.

Una voz, transcurridos unos instantes, respondió:

—Se equivoca, señor. No hay ninguna... ¡Oh, la señorita Bannister!

Lo siento. Dejó el hotel anteayer.

—¿Indicó sus nuevas señas?

—Un momento, señor... ¡Sí! Apartamento Müller, C, doscientos dos, calle Donner, mil doce.

Era el lugar donde había muerto.

—Gracias.

Johnny colgó el teléfono mirando a Chabannes.

—¿Y bien? —inquirió éste.

—Se mudó anteayer.

—Puede que ganase a las carreras —el pintor rió burlonamente—.

Un apartamento hay que pagarlo adelantado, o al menos dar una fianza. Me alegro por ella... Dígame al señor Chase que es una chica excelente, rebosante de buenas cualidades, una artista de cuerpo entero. ¡Qué diantre! Si encuentra su caballo blanco, ¿por qué no ha de encargarme los decorados o el diseño del vestuario del espectáculo a mí?

La hipótesis adquiriría consistencia: Dudley J. Chase había caído en una trampa que sólo por casualidad falló. ¡Y qué trampa! Alguien se había ganado la colaboración de Margo Bannister, había instalado a la muchacha en los apartamentos con el deliberado propósito de que cenara a solas con Chase y la había aleccionado para que le suministrase un narcótico. Luego, despiadadamente, la mató. La policía se habría encontrado, de no mediar el azar, ante una obra maestra de arte escénico: Margo apuñalada, Chase embriagado, champaña, cena íntima, media luz; el criminal senil y la pobre corderilla seducida por el dinero. Hacía solamente dos días que la corderilla ocupaba el apartamento. ¿Quién no supondría que fue el propio Chase —con el expresivo regalo del reloj— el protector que la instaló allí?

Porque el asesinato de Margo no había sido un fin, sino un medio. Un medio de causarle daño a Dudley J. Chase. Al abandonar el estudio de Harry Chabannes, pensaba Johnny que esto quedaba fuera de duda. Ahora bien, ¿a qué mente tortuosa, a qué criatura pervertida, a qué monstruo podía ocurrírsele semejante medio de causar daño? ¡Matar a una incauta e inocente mujer, a sangre fría, sólo por la probabilidad, no la certidumbre, de que Chase fuera acusado del crimen!

Johnny sentía náuseas al considerar el abismo de ponzoña que tal suposición dejaba al descubierto. ¿Era posible? ¿No estaría engañándose? ¿No deformaría sus ideas el hecho de haber recibido Chase anónimos amenazadores durante seis semanas?

¡La supuesta trampa podía no existir!

Inmóvil en la acera, a punto de abrir la portezuela de su coche, el detective se mordió los labios. ¿Cómo sabía que, por ejemplo, la propia Margo no fue también narcotizada antes de morir? Acaso Chase no se hubiera complicado sino incidentalmente en el crimen. Acaso a Margo la

había apuñalado un amante celoso, alguien surgido de su pasado; un pasado que, a fin de cuentas, la muchacha había de tener. ¿Por qué relacionar el asesinato con los anónimos?

Los anónimos habían cesado dos semanas atrás. Coincidiendo cada día por día con la muerte de Israel Flapp. ¿Y si hubiera sido Flapp quien los escribió?

Tan rápidamente como había adquirido consistencia, la hipótesis se derrumbaba. Todo podía ser una coincidencia. El asesinato de Margo fue un fin, no un medio. No había más trampa contra Chase que la improvisada por un criminal deseoso de desviar hacia otro las sospechas. Perversión tortuosa, maquinación infernal, nada, ni hablar de ello.

Cañudo, Johnny se sentó al volante de su coche y puso éste en marcha. Quince minutos después se hallaba frente a Nancy en la antesala del despacho del financiero.

—Nena —dijo—, he de pedirte un nuevo favor. Necesito una muestra de la escritura de Israel Flapp.

Ella advirtió su expresión preocupada, la sombra que se extendía por su rostro.

—¿Algo malo?

—Hasta cierto punto. ¿Puedes conseguirme esa prueba...?

—¿Ahora?

—Sí.

—Será largo buscarla, Johnny. El señor Chase debe estar a punto de llegar. Me encargó...

—No te preocupes por Chase. No vendrá esta mañana.

—Johnny, tú me ocultas algo.

—Me ha llamado por teléfono y me ha dicho que no vendrá, eso es todo.

Nancy titubeó.

—Está bien.

Salió de la antesala con su suelto y gracioso paso, seguida por la mirada del detective; consciente de ello, aunque no miró una sola vez atrás. Permaneció ausente diez minutos. Regresó con un archivador de cartas, que abrió sobre la mesa.

—¿Te sirve?

Había en el archivador una corta nota manuscrita original de Flapp. Una nota en la que el difunto tapicero anunciaba a Chase su inminente visita. Seca, colérica, hostil.

—Me sirve a maravilla, muñeca.

Nancy extrajo la carta del archivador.

—Johnny, ¿por qué no me dices lo que te propones? Adivino que

algo pasa. Juraría que tu trabajo no marcha bien.

Él sonrió y le dio un chachetito amistoso.

—Lo único que me propongo es desbrozar el camino, ¿entiendes? La maleza me impide en este momento ver si continúo por la senda o me he metido ya en el pantano.

—Pero...

—Tranquilízate.

Johnny acababa de guardarse la carta cuando sonó el teléfono. La voz de Stapleton inquirió:

—¿No ha llegado aún el señor Chase?

Nancy lanzó una rápida mirada al detective.

—Acaban de decirme que no vendrá esta mañana, señor Stapleton.

—¿Quién ha dicho eso?

—El señor Stokes.

—¿Sí? Bueno, ¿por qué no viene Chase? ¡Precisamente hoy! Los fideicomisarios de la Memphis Corporation comparecerán de un momento a otro. Hágame el favor, señorita, de localizar al señor Chase dondequiera que se encuentre y pedirle que venga sin tardanza.

Johnny se inclinó sobre el interfono.

—No vendrá, señor Stapleton —dijo—. Ha salido de la ciudad.

—¡Salido de la ciudad!

—Eso me ha dicho por teléfono. Un corto viaje.

—¿Sin la protección de usted?

—Sin mi protección.

Hubo un silencio.

—Es sorprendente —dijo Stapleton—, ¿A qué hora ha hablado con él?

—Sobre las ocho —improvisó Johnny.

—En fin —se oyó murmurar al financiero—, espero que no le pase nada. Cosa de faldas, quizá.

Cortó.

El detective se despidió de Nancy con un ademán y abandonó la oficina. ¡Cosa de faldas! Era en cierto modo cosa de faldas lo que había alejado de Chicago a Chase; de un cadáver con faldas.

Johnny se dirigió al Whittington Institute y mostró a su amigo McCary la nota manuscrita de Flapp.

—Aguza tus sentidos, Lester —suplicó—. Si es el autor de esta nota quien ha escrito los anónimos, vas a resolver uno de mis mayores problemas. Quiero un diagnóstico milimétrico.

El perito dedicó al documento una mirada superficial.

—Cáncer, ¿eh?

—¿Eres mago?

—Conozco mi oficio —sonrió McCary—. Los rasgos de una enfermedad incurable de tipo degenerativo saltan a la vista —se inclinó sobre el papel para examinarlo con mayor atención—. Muy interesante. Pero no resolverá tu problema, Johnny. Este hombre no escribió los anónimos.

—¿No es una conclusión precipitada?

—No. No existe la menor probabilidad, te lo garantizo.

—¿Te atreverías a jurarlo?

—Me atrevería. ¿Quieres que te señale las diferencias?

—Confío en tu palabra —dijo el detective.

Lo dijo con mal sabor de boca. Un grave problema, efectivamente, se habría resuelto de ser Flapp el autor de las cartas amenazadoras. Ello habría demostrado que no había ni podía haber relación entre los anónimos y Margo Bannister, entre los temores de Chase y el asesinato; habría demostrado que la hipótesis de una trampa era absurda.

Ahora, todo aquello quedaba por demostrar. El autor de los anónimos no era Israel Flapp. Era alguien que continuaba vivo, alguien que sí podía haberle tendido una trampa a Chase para causarle daño de una manera tortuosa, sofisticada e inalicablemente cruel. Un loco. La idea de su acción estaba clara: conseguir que Chase pagara por un crimen del que era inocente, a cambio de los muchos crímenes impunes de que había sido culpable. Pero sólo a un loco se le habría ocurrido que el financiero pagaría por el asesinato de Margo Bannister. No bastaba con un poco de instinto escenográfico y unas gotas de narcótico para lograr una cosa así. Los caminos tortuosos tienen el inconveniente de que quien los sigue se harta, y si encuentra un atajo echa por él.

¿Quién había montado aquella sangrienta farsa? ¿Era o no la misma persona que escribió los anónimos? ¿Se debía a simple casualidad la coincidencia de ambos asuntos?

Johnny dio vueltas y vueltas en su mente a estas preguntas mientras almorzaba. Tres preguntas. Tres posibilidades: primera, que el autor de los anónimos y el asesino de Margo fueran una misma persona; segunda, que fueran personas distintas, pero la muerte de la muchacha estuviera destinada a hundir a Chase, o sea, que el asesinato fuera un medio, no un fin; y tercera, que

Chase se hubiese complicado por azar en algo que no le concernía, en la muerte de Margo a manos de un enemigo de ella, no de él. Las tres posibilidades parecían igualmente probables.

El detective se dijo que nada absolutamente sabía de la personalidad y el pasado de Marga Bannister, en los cuales podía haber motivos para un millón de crímenes. Resulta infantil enfocar la cuestión como él se veía forzado a enfocarla, en su relación con Dudley J. Chase. Margo había visto una sola vez a Chase y llevaba en Chicago únicamente diez

días. ¿Qué representaba esto junto a los años que había vivido en otros lugares, junto a los hombres que en esos sitios debió de conocer? ¿Cómo asegurarse de que el asesino no era un hombre procedente aunque sólo fuese de Las Vegas?

Algunos periódicos daban ya en sus terceras ediciones información sobre el suceso, información que no hizo sino reforzar la impresión de desconcierto que a Johnny le estaba produciendo el caso. La policía había trabajado muy deprisa en la identificación y localización de la muchacha. Sabía ya que ésta había bailado en el Casino Club de Las Vegas y que se hallaba en Chicago buscando a Braum, el agente de espectáculos, a la sazón ausente de la ciudad. Con rara unanimidad, todos los periódicos daban por supuesto que la muerte había seguido a Margo desde Las Vegas; que la joven abandonó la alegre ciudad de Nevada con precipitación, irreflexivamente, porque huía del que luego iba a ser su asesino. Una conferencia telefónica con el Casino Club había revelado que renunció a renovar en excelentes condiciones su contrato en el local, a cambio de la remota esperanza de que Braum le consiguiera otro contrato en el Este. Margo, pues, deseaba a toda costa alejarse de Las Vegas. O de alguien que estaba en Las Vegas. Pero este alguien la había seguido, había cenado con ella, le había clavado un cuchillo en la espalda... La policía anunciaba que muy pronto efectuaría una importante detención.

La hipótesis, ¿por qué no?, podía ser acertada. De la vida privada y los antecedentes de Margo sabría la policía mucho más, infinitamente más que Johnny. ¿Por qué no?

Con rara unanimidad, también, todos los periódicos eludían mencionar a Dudley J. Chase. Quizá la policía ignoraba su existencia; quizá no había ventilado aún la historia del encuentro en el estudio de Harry Chabannes, de la cita, del apartamento recién alquilado. Quizá. ¿O se trataría de una precaución?

El detective sacó del bolsillo la agenda que extrajera del bolso de la muchacha y, en la mesa donde acababa de engullir el almuerzo, examinó sus páginas. Había muy pocas anotaciones, y las que había eran enigmáticas: una cruz, unas iniciales, un número, una fecha, una suma, unas flechas, un interrogante y otros signos por el estilo. Pasó a la guía alfabética, Nombres y números de teléfono abundaban allí, pero prácticamente todos eran de Las Vegas. Johnny los leyó con el mayor cuidado, subrayándolos uno por uno con la uña. Entre los números de Chicago figuraba el de Braum. También el de Chabannes. Y el de Chase. Y el de una persona apellidada Fairbanks. Y, por fin, un número no precedido de indicación, colocado en la misma página que los de Chabannes y Chase.

Desde la cabina del restaurante, Johnny marcó el primero de los dos números desconocidos para él. Preguntó:

—¿Fairbanks?

Una voz de mujer, descolorida, respondió:

—Sí. ¿Diga?

—¿Es usted?

—Sí.

No esperaba que fuera una mujer.

—Desearía hablarle. Personalmente.

—¿Quién es usted?

Johnny titubeó. La voz había expresado recelo.

—Desearía hablarle... de Margo Bannister.

Se maldijo por no haber hecho antes aquella llamada. Antes de que los periódicos dieran la noticia. Un asesinato cerraba siempre muchas bocas.

La voz declaró, indiferente:

—Creo que no conozco a nadie de ese nombre. ¿Está seguro de no equivocarse?

—Margo Bannister, de Las Vegas. Una artista. Usa el seudónimo de Lovely Margo.

—Lo siento, señor. Se equivoca.

La comunicación fue cortada.

Apretando los dientes, el detective consultó la guía telefónica. Fairbanks. Fairbanks. Allí estaba: 887, calle Chester; el mismo número de teléfono anotado en la agenda de Margo. El nombre completo era Hilla Fairbanks.

Johnny llamó a Chabannes.

—Me han contado que Margo ha muerto —le dijo desabridamente el pintor, apenas se hubo dado a conocer—; que lo traen los periódicos. Me molesta que jueguen sucio conmigo, ¿entiende? Pudo usted hablar claro, ¿no?, cuando vino esta mañana...

—Esta mañana no tenía la menor idea de lo ocurrido —mintió Johnny.

—¡Ah, no la tenía! ¡Y fue su condenado Chase quien estuvo cenando con la chica anoche! ¿Se figura que vivo en las nubes?

—¿Ha comunicado eso a la policía?

—¿Trata usted de impedírmelo?

—¡Mil diablos! —exclamó el detective—. ¿Por qué se lo habría de impedir? Si Chase ha matado a la muchacha, le conduciré a puntapiés ante el jurado. Pero ni siquiera sé dónde está ahora. Trato únicamente de hacer un poco de luz. Diga, Chabannes, ¿quién es Hilla Fairbanks?

—Lo ignoro. Jamás la oí mencionar. ¿Qué pasa con ella?

—Es alguien a quien Margo conocía en Chicago.

—¿Hilla Fairbanks? Pues no, no sé quién es. ¿No intentará usted otra

jugada conmigo?

—Váyase al cuerno —dijo Johnny.

Colgó el teléfono, abandonó la cabina y el restaurante, montó en su coche. Se dirigió al 887 de la calle Chester por el camino más corto.

Capítulo IX

ERA una casa mediocre, antigua, que debió de ser buena allá por los años veinte, cuando la edificaron, entre compases de Charleston. Tenía un conserje negro, y en el vestíbulo, una alfombra, bonita, pero desgastada.

Johnny extendió ante el conserje un billete de cinco dólares. El negro se sobresaltó al verlo.

—Me gano la vida obteniendo informes sobre algunas personas por encargo de otras personas —dijo el detective, lenta y llanamente—. No es un trabajo fácil ni agradable. Suele requerir la ayuda de gentes de buena voluntad, y yo procuro corresponder a esa ayuda en la medida de mis medios.

El conserje entornó los párpados. El tono de Johnny y la vista del billete le habían causado visible emoción.

—Comprendo, jefe. Si no hay nada malo...

—¡Malo! —exclamó Johnny. Soltó el billete—. Todo lo contrario, ¡todo lo contrario! De esto no resultará sino bien para todos. Y lamento no poder expresarme con claridad.

El negro tomó el billete con la yema del índice.

—¿Sí, jefe?

—Deseo informarme acerca de Hilla Fairbanks: quién es, cómo es, a qué se dedica, cuánto hace que reside aquí, qué visitas recibe, a qué personas frecuenta; el mayor número posible de detalles.

El conserje suspiró con alivio, recogió el billete y se lo guardó.

—Ya veo, jefe. Tratándose de la señorita Fairbanks no puede haber ningún mal. Todo cuanto se haga por ella será un bien. Pregunte lo que sea.

—Sólo sé su nombre y que vive en esta casa.

—Desde el año veinticinco —asintió él negro.

Habló sin restricciones. Hilla Fairbanks era una inválida que usaba sillón de ruedas: un accidente de auto móvil la había dejado así el año treinta. Tenía actual mente cuarenta y ocho. En el accidente había perdido a sus padres y quedado sola en el mundo. Había cobrado un seguro respetable, que, naturalmente, con el tiempo y sus dolencias físicas menguó. Admitía huéspedes, a los que daba trato familiar y atendía con la ayuda de una antigua y fiel sirvienta. Era universalmente

estimada por el estoicismo con que soportaba su desgracia, por sus maneras discretas y su excelente educación.

Johnny no había esperado aquello.

—¿Tiene ahora habitaciones disponibles? —inquirió.

—Raro es que las tenga, jefe. De la última hace por lo menos un año. Sólo admite huéspedes estables, y los que vienen no se marchan con facilidad.

—Subiré a hablar con ella un minuto —decidió el detective.

Subió.

Le abrió la puerta una negra anciana, que le introdujo en un sombrío salón. La casa era grande y tenía atmósfera. El tiempo se había inmovilizado entre sus paredes.

Hilla Fairbanks apareció silenciosamente en el salón en sombras. Parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Tenía el cabello negro, sin una cana, y un cutis blanco y delicado, como de muñeca de porcelana. Estaba tan pasada de moda como el ambiente en que vivía.

Se movía sobre una silla de inválido cuyas ruedas no producían el más leve rumor. Johnny, sin saber por qué, se sintió a disgusto en su presencia. Los ojos de la mujer le escrutaban. No pudo evitar el pensamiento de que el conserje había exagerado, o acaso mentido, cuando dijo que la señorita Fairbanks gozaba de estimación universal.

—Su nombre, señor Stokes, no me es conocido —declaró ella suavemente—. Pero si viene usted en busca de alojamiento...

—Soy la persona que antes llamó preguntando por Margo Bannister.

Hilla Fairbanks se quedó silenciosa, con la boca entreabierta. Luego, musitó:

—¿Y bien?

—Necesito aclarar esta situación, señorita Fairbanks. A Margo Bannister le ha ocurrido un gravísimo percance. Llevaba en la ciudad solamente diez días, y sus relaciones aquí eran muy escasas. Usted figuraba entre las tres o cuatro cuyo número de teléfono tenía anotado.

La inválida permaneció inmóvil, concentrada en sí misma.

—Leo con gran afición los periódicos, señor Stokes. Esa muchacha ha muerto asesinada.

—En efecto.

—¿Cuál es el papel de usted en el asunto?

—Soy un detective privado. La muerte de Margo Bannister parece relacionarse con un caso en el que trabajo hace un mes. Nado en un mar de confusiones, señorita. La muchacha era nueva en Chicago, carecía casi totalmente de amigos, y estoy pugnando por situarla con objeto de salir de dudas. La colaboración de usted me sería preciosa.

—Sin embargo, no puedo ayudarle. Es cierto que no conozco a esa joven.

—Usted quizá no —dijo incisivamente Johnny—. Pero tiene huéspedes. Hay dos maneras de anotar el teléfono de un amigo que se aloja en casa ajena o en un hotel. Una es ponerlo a su nombre; otra, a nombre del dueño de la casa, o a nombre del hotel.

—Mis huéspedes, señor Stokes, son personas respetables.

—Eso no elimina la cuestión. ¿Le dice a usted algo el nombre del financiero Dudley J. Chase?

—Nada —repuso la mujer, imperturbable.

—¿Se lo diría a alguno de sus huéspedes?

—¿Cómo quiere que yo sepa eso?

El detective lanzó un bufido de impaciencia.

—Explíqueme, entonces, por qué razón era el suyo uno de los teléfonos de Chicago que tenía anotados Margo Bannister.

—Se me ocurre una sola explicación... ¿La joven procedía de Las Vegas? ¿Y era artista?

—Bailarina.

—Alguien, en Las Vegas, le recomendaría mi casa... Creo saber quién. Un caballero apellidado Keene. Vivió aquí dos años y marchó a Las Vegas para establecer un negocio de confecciones. Mis clientes nunca me olvidan, señor Stokes. Si el señor Keene conoció a la pobre chica en Nevada y se enteró de que venía a Chicago, no me sorprendería que le hubiera dado un teléfono.

—Y ella habría llamado al llegar, solicitando habitación. ¿Lo hizo?

—No, que yo recuerde.

—Acaso lo recuerde la criada.

Hilla Fairbanks desplazó su sillón hacia la pared y oprimió el botón de un timbre. La negra apareció en la puerta casi enseguida.

—Reflexiona, Violeta. Ocho o diez días atrás, ¿contestaste a una llamada telefónica de la señorita Bannister, Margo Bannister, solicitando habitación por recomendación del señor Keene?

La negra reflexionó. Después dio una respuesta negativa.

—¿Llamó por algún otro motivo? —preguntó rápidamente Johnny—. Fíjese en el nombre: Margo Bannister, o Lovely Margo. ¿Ha llamado alguna vez pidiendo por alguno de los huéspedes?

La respuesta, tras una larga pausa, volvió a ser negativa.

—Lo siento —dijo la inválida.

El detective se encogió de hombros.

—¿Cómo podría comunicarme con ese señor Keene? ¿Cuáles son sus señas en Las Vegas?

—Almacenes Estrella Azul, o Luna Azul, es el nombre de su establecimiento; no lo recuerdo con exactitud. En cierta ocasión, me envió un folleto publicitario... No sé más de él, pero creo que esto

bastará para localizarle. Las Vegas es una ciudad muy pequeña.

Johnny tenía la sensación de hallarse en un callejón sin salida.

—¿Le importaría darme los nombres de sus actuales huéspedes y algunos datos acerca de ellos? Me evitará el trabajo de averiguar lo mismo por vías indirectas; porque, compréndalo, procuraré averiguarlo de todos modos. Y no vea en ello mala voluntad, señorita Fairbanks.

La inválida asintió resignadamente.

—Están los esposos Coates, John y Mary Coates, mis huéspedes más antiguos. —Johnny tomó nota—. Él es ingeniero, setenta y dos años, retirado ya... Está Sylvia Rodney, cuarenta años, empleada en una agencia de publicidad; Alex Jahn, unos treinta años, contable; la señora Glover, viuda, que vive de renta; George Morris, el más reciente, jefe de ventas de la USICO. Cinco. No tengo sitio para más.

—¿Cómo es la señora Glover? ¿Joven? ¿Bella?

—Muy bella. Todo lo bella que una dama de sesenta años puede ser, piensen de ello lo que quieran los hombres.

—Entiendo. —El detective se volvió a la criada negra, que aguardaba en respetuosa actitud—, ¿Alguna de esas personas ha recibido visitas, cartas o llamadas telefónicas del señor Dudley J. Chase? ¡No se apresure a contestar! He dicho Dudley J. Chase.

La negra miró interrogativamente a su ama, y ésta la autorizó con un gesto a que hablase. Hizo, empero, antes de responder, un evidente esfuerzo de memoria.

—No, señor. Si no me equivoco, señor, oigo ese nombre por primera vez.

—Chase —replicó Johnny.

La criada movió la cabeza negativamente.

—Temo que sea un error lo que le ha conducido aquí, señor Stokes —dijo Hilla Fairbanks—. Repito que la única explicación que se me ocurre para el insólito hecho de que esa joven asesinada tuviera en su poder mi número de teléfono, es que el señor Keene...

—Sí, está bien —gruñó el detective—. Gracias. No la molestaré más.

El callejón, efectivamente, no tenía salida. Johnny pensó en ello con amargura cuando se instaló de nuevo al volante de su coche. Su tarea estaba dispersándose de tal modo que ni en un cuarto de siglo lograría terminarla. Una investigación normal comenzaba por un amplio círculo de personas que se estrechaba paulatinamente hasta quedar reducido a dos o tres y, finalmente, una. Ahora sucedía todo lo contrario. Había comenzado contando con los mil ochenta empleados y obreros de la fábrica incendiada, que vanamente pretendió limitar a tres: Armstrong, Ruskin y Lee; se extendió enseguida a la desaparecida Celia Blackmon, al difunto Israel Flapp, a Bill Gruber, ¡y al propio Chase! La muerte de Margo Bannister introducía en escena a Harry Chabannes, el agente de

espectáculos Braum, a Hilla Fairbanks, a un confeccionista de Las Vegas apellidado Keene, a los esposos Coates, a Sylvia Rodney, a Alex Jahn, a la señora

Glover y a George Morris. ¿Cómo podía él dedicar su atención a tanta gente?

El confeccionista Keene, por añadidura, podía ser el asesino procedente de Las Vegas a que aludían los periódicos, pero aquel asesino podían serlo también otros centenares de personas habitantes en la ciudad de Nevada, antiguos amigos de Margo a los que él nunca conseguiría localizar. Dudley J. Chase y sus cien mil dólares esperaban en Michigan City la resolución del rompecabezas. Esperarían eternamente, al parecer.

Quedaba un número de teléfono: el que Margo tenía anotado en su agenda sin ninguna indicación.

Johnny detuvo su coche ante los laboratorios Dewey, entró en éstos y entregó su contraseña en el correspondiente mostrador. Le dieron a cambio, envuelta y etiquetada, la botella de Champaña sustraída del apartamento de Margo, más un sobre cerrado. En el sobre estaba el resultado del análisis. Sé había mezclado al champaña determinado tanto por ciento de noctalita, un narcótico no tóxico, cuyas cualidades, empero, fueron parcialmente alteradas por el alcohol. Esto, pensó el detective, explicaba la sensación de embriaguez, desproporcionada a lo que había bebido, experimentada por Chase, así como la debilidad de la acción ejercida sobre él por la droga. Pero lo más importante era la directa confirmación de que, ciertamente, el financiero había sido narcotizado. Sólo Margo podía haberlo hecho. Que a ella la narcotizaron también, era imposible. La noctalita estaba en el champaña, o, por lo menos, en la copa. En el apartamento no podía ocultarse una persona sin que Chase o la muchacha la descubriesen: no había sitio, Margo, solamente Margo lo hizo. Para morir después, acuchillada por quien le había ordenado conducirse de aquel modo.

Esto era algo en lo que Johnny podía creer, una de las pocas evidencias indiscutibles obtenidas de la investigación. Margo Bannister fue aleccionada para que se atrajese a Chase, fue instalada en el apartamento para que cenase a solas con él; se le suministró noctalita para que narcotizase al financiero, y cuando éste estuvo dormido compareció el asesino —de acuerdo, sin duda, con lo planeado— y le clavó un cuchillo en la espalda a la joven. Incluso el arma del crimen formaba parte del escenario: Chase confesaba haber jugueteado *con* ella.

Había una cabina telefónica pública en la esquina de los laboratorios Dewey. El detective se encerró, consultó la agenda, marcó el número desconocido.

La llamada sonó largo rato sin respuesta. Johnny iba a colgar cuando obtuvo comunicación. Una voz aguardentosa exclamó impaciente:

—¡Diga!

—¿Con quién hablo?

—Con Joe.

—¿Quién es Joe?

—¿Quién va a ser? El guardián. Vamos, ¿qué quiere?

El detective se humedeció los labios con la lengua. ¿El guardián? ¿El guardián de qué? La voz parecía corresponder a un hombre rudo e inculto. ¿De qué manera habría estado Margo Bannister relacionada con él?

—¿Hay alguien más ahí?

—No.

—llamo de parte de Margo Bannister.

—¿A mí? —preguntó el hombre—. Oiga, ¿quién es esa pájara? ¿O trata de tomarme el pelo?

A través del auricular captó Johnny un rumor inconfundible: lejana, apagada, la llamada de la sirena de un buque. ¿Los muelles?

—Discúlpeme. Quizá me confundo. ¿Qué lugar es ése?

—No le importa. Y tengo la suerte de no conocer a ninguna Margo. Así que, buen viento, amigo.

El hombre de la voz aguardentosa cortó la comunicación.

Johnny abandonó la cabina con el entrecejo fruncido. ¿Un lugar en los muelles? ¿Por qué había Margo anotado en su agenda el número de un lugar donde a media tarde, en hora de trabajo, no se encontraba sino un guardián que afirmaba sin titubear no conocerla? ¿Qué intereses podía ella tener allí?

¿Y dónde estaba exactamente aquel lugar?

Esto era lo que primero convenía averiguar. Johnny dirigió el coche hacia el La Java Building, lo dejó en la zona de aparcamiento y subió a su flamante oficina.

No fue un trabajo breve ni simple. Pese a la pista que el sonido de la sirena le había dado, necesitó cincuenta minutos de exploración concienzuda de la guía telefónica para descubrir a quién pertenecía el número de la agenda de Margo. Estaba a nombre de North Trade Co., Sideroad, 268. Buscó la North Trade C. en las páginas alfabéticas. No tenía otro número de teléfono que aquél, sin indicación de centralilla, lo que parecía indicar que las oficinas de la empresa se hallaban en el propio muelle. Unas oficinas donde a horas hábiles solamente había un vigilante. Muy curioso.

La guía de la ciudad indicaba que Sideroad era un tramo de vía pública que bordeaba la porción oriental de los muelles. Johnny estudió en el mapa su situación y la localización del número 266. Había terminado, y se disponía a partir, cuando sonó el teléfono.

Era Nancy.

—Johnny, llevo todo el día buscándote. Y el señor Stapleton lleva todo el día acicateándome para que dé contigo. He llamado cincuenta veces a tu oficina y a tu casa.

—Bueno, aquí estoy.

—Ha venido la policía, Johnny.

El detective cerró los ojos. La policía. La cita de Chase con Margo Bannister había ya salido a luz.

—¿Y qué?

—El señor Chase., anoche...

—Supón que estoy enterado de todo eso.

—¿Del asesinato?

—¿Es necesario entrar en detalles por teléfono? No pasa nada, muñeca. Chase ha emprendido un corto viaje. Cuando mejore el tiempo, volverá. El clima de Chicago sienta mal a su reuma. ¿Qué quiere Stapleton?

—Que regrese. O que tú te pongas en contacto con él y le pidas que firme una cesión de poderes en favor del señor Stapleton. Si su ausencia se prolonga nos encontraremos en apuros.

—¿Por qué?

—Porque así es la organización de la casa. El señor Chase es nuestro director gerente. Sin su firma nada podemos hacer.

—Cada uno es importante en su terreno, Johnny. Cuestión administrativa. Pero el señor Stapleton insiste en que tú debes intervenir. Desde que ha sabido lo de... del crimen... cree que tú conoces el paradero del señor

Chase, que tú mismo le has ocultado o aconsejado que se oculte.

—¿Jugándome la licencia si se lanza contra él una acusación?

—¿Qué le digo al señor Stapleton?

—Dile que estoy buscando desesperadamente a Chase, registrando palmo a palmo el país. Aunque sea falsa, la noticia le alegrará.

—Johnny...

—Déjame en paz, muñeca,

—Muy bien. Tú te lo pierdes.

—¿Me pierdo qué?

La muchacha guardó un instante en silencio. Luego, como a disgusto, preguntó:

—¿Has sabido algo de Celia Blackmon?

Johnny se puso alerta. Celia Blackmon, una de las víctimas de Chase con más graves motivos de odio hacia él financiero, desaparecida desde que abandonó Billingwood, ¿iba ahora a reaparecer?

—No he sabido una palabra.

—Me da la impresión de que podrás encontrarla.

—¿Dónde? —preguntó el detective rápidamente.

—Aquí, en Chicago. No es seguro aún. Se trata... de una casualidad... Llámame más tarde a casa, Johnny.

—Nena, ve con cuidado. El detective soy yo. Esa mujer puede ser peligrosa.

—¡Oh, no te preocupes!

—Indícame de qué se trata. Yo haré las comprobaciones.

—Tú ocúpate de lo del señor Chase. Llámame, Johnny.

Nancy cortó.

Pensativo, el detective salió del despacho, descendió a la calle y condujo su coche en dirección a los muelles.

Capítulo X

EL número 266 de Sideroad era un pequeño almacén o tinglado, sin otra abertura a la calle que una puerta corredera y, en ésta, una puertecilla auxiliar. La porción de muelle que le correspondía quedaba completamente aislada del exterior.

Hundidas las manos en los bolsillos, arrugada la frente, Johnny Stokes estudió aquella puerta sin decidirse a actuar. No se percibía el menor signo de vida en el tinglado, pese a que la vida bullía en las inmediaciones. El tránsito de camiones por Sideroad era continuo.

No parecía posible otra línea de conducta que la directa. Johnny, en consecuencia, fue a la puerta y llamó.

Transcurrió algún tiempo antes de que un hombre abriese, un individuo al que se habría tomado por un antiguo pirata. De mediana estatura, pero extremadamente corpulento, vestía una blusa de marino cuyas mangas arrolladas dejaban ver un par de musculosos y velludos antebrazos. En el derecho llevaba tatuada una figura de mujer rodeada por una serpiente; en el izquierdo, una rosa y un corazón atravesados por una flecha. Se tocaba con un gorro de lana. Su cara brutal, de gruesos labios, nariz chata y ojos porcinos, enmarcada por una estrecha barba rojiza, mostraba una fea cicatriz.

Johnny se esforzó por fingir simpatía.

—¿Es usted Joe? —inquirió.

—Sí.

—Necesito hablarle.

—Hable.

—No aquí fuera.

—Márchese, entonces.

Con naturalidad, el detective extrajo del bolsillo un billete. Era de diez dólares.

—Márchese —repitió secamente el hombre.

Johnny sacó más dinero: quince, veinte, veinticinco dólares.

El hombre se apartó de la puerta y extendió la mano.

—Pase.

El exterior del local era una nave desnuda, prácticamente vacía, abierta al muelle por el frente. A un lado, unos tabiques delimitaban un compartimiento o habitación, contigua a la cual, entre ella y la puerta,

había una cabina de cristales, no más que una cabina, en la que se veían un escritorio y un calendario de pared. A aquello se reducían las instalaciones comerciales de la North Trade Co.

—Diga lo que sea —urgió Joe, después de guardarse el dinero.

Johnny improvisó un plan de acción.

—Veinticinco dólares no son nada —dijo, mirando al hombre a los ojos—. Usted, amigo, puede ganar bastantes más y, al propio tiempo, salirse de un mal paso. No necesita sino contestar a unas preguntas.

—¿Cuántos más?

—Hasta cien. —La cuenta de gastos la pagaría Chase—, Cien dólares sin mover un dedo.

La expresión del rostro de Joe era impenetrable.

—¿Y el mal paso?

—El mal paso es trabajar aquí. Por lo que a mí respecta, queda usted exento de responsabilidades. Me refiero a que puede, si quiere, escurrir el bulto.

—¿Usted quién es?

—Stokes. Un detective, si se empeña en saberlo.

El hombre elevó la mano derecha hasta su cabeza, echó a un lado el gorro y se rascó el cuero cabelludo.

—A ver la pasta.

Johnny exhibió unos cuantos billetes, pero no los soltó.

—Los pagos adelantados han terminado por ahora.

Observó un maligno fulgor en la mirada de Joe. Luego, éste apartó la-vista y la fijó en el suelo.

—Adelante.

—¿A quién pertenece este almacén?

—A la North Trade.

—Personas, no nombres comerciales.

—¿Yo qué cuerno sé? Por aquí no viene más que el señor Jones, y aun de vez en cuando, si hay mercancía que descargar.

—¿Qué mercancía?

—Pielés. Pielés del Canadá. Para que las mujeres de los ricos se abriguen con ellas.

La North Trade era, pues, una compañía importa dora de pieles preciosas, aunque el tinglado no semejase lugar idóneo para almacenarlas.

—¿Quién es el señor Jones? ¿El amo?

—Se comporta como el amo.

—Describale

—¡Describirle! —bufó desdeñosamente el guardián—. No tiene nada de particular. Ni alto ni bajo, ni viejo ni joven. ¿Qué quiere usted que le

diga? Un tipo como hay muchos.

—¿Cuál es su nombre completo?

Yo le conozco por señor Jones. No he oído que nadie le llame de otra manera.

Johnny apretó los puños. ¿Otro callejón sin salida? Aquel rufián podía estar diciendo la verdad, podía no saber absolutamente nada de lo que ocurría a su alrededor, o no haber querido saberlo. Sin embargo, no había protestado cuando él calificó de «mal paso» su trabajo allí y le invitó a «escurrir el bulto». ¿Había o no algo ilegal en el negocio de la North Trade?

—¿Ha venido el señor Jones durante los últimos diez días?

—Sí.

—¿Cuándo?

Joe titubeó.

Hace tres días. Hubo un envío.

—Estando aquí, ¿recibió una llamada telefónica? ¿De una mujer?

—No lo sé. Yo no le vigilaba. Es posible que la recibiera.

—¿Ha llamado alguna vez una mujer preguntando por él?

—Nunca llama nadie si está ausente; y si no lo está, es él quien contesta al teléfono.

—¿Nunca, Joe? ¿Puede afirmarlo?

—Nunca llama nadie —repitió el guardián.

Johnny avanzó un paso en su dirección.

—¿Cómo funciona esto? ¿Cómo efectúa Jones sus operaciones?

—¿Qué operaciones?

—Las que a usted le conducirán a la cárcel por cómplice si no salta a tiempo por la borda.

Joe no se inmutó.

—Esos cien pavos que dijo, ¿me los ofrece para que le explique lo que no sé? Es usted, ¿no?, quien se figura que está al cabo de la calle de la historia.

—¿En qué consiste el negocio, Jones? —insistió el detective.

—Trae pieles del Canadá.

—Perfectamente. Despídase del dinero, amigo.

—¿Sí? —masculló Joe.

—¿Cuánto hace que trabaja usted aquí?

—Tres meses.

¿Qué relación podía haber entre todo aquello y Margo Bannister? ¿Qué relación? ¡Era absurdo!

—¿Jones procede de Las Vegas? ¿Ha estado en Las Vegas?

El guardián se encogió de hombros.

—Me despido del dinero, conforme. Márchese. ¿Cómo quiere que

sepa si el señor Jones ha estado en Las Vegas, o en Nueva York, o en China? ¡Márchese y terminemos!

—No sin echar una mirada a esto —replicó Johnny.

Se alejó hacia el fondo del local.

Pero no anduvo más de tres o cuatro pasos. La reacción de Jones fue fulminante. Mascullando un juramento, se le echó encima, mientras su mano derecha sacaba una cachiporra del bolsillo trasero de los pantalones.

El detective presintió el ataque. Se agachó y se volvió. La cachiporra descendía sobre su cabeza. Esquivó el golpe, cazó la muñeca de Joe y adelantó un hombro. El rufián salió volteado y cayó a tierra de espaldas.

Levantóse enseguida, loco de furor, y acometió como un toro. Johnny la frenó, aporreándole la cara con ambas manos, de abajo arriba, e inmediatamente le descargó un hachazo en la nuca. Joe volvió a morder el polvo, ahora a los mismos pies del detective. Johnny, esta vez, no le dejó reponerse. Le pateó sin piedad, duro, a la cabeza. Le costó no poco vencer la resistencia de aquella constitución física privilegiada, pero Joe concluyó por perder el conocimiento y quedó tendido de bruces, quieto, flácido como un pelele.

Había una hilera de fardos, único justificante de que el local se destinara a almacén de alguna cosa, arrimada a una de las paredes. El detective reemprendió tranquilamente su camino hacia los fardos, llegó junto al primero, sacó un cortaplumas del bolsillo y, de un golpe, lo despanzurró. Contenía cuatro pieles de nutria que, aun a los ojos de un profano, eran de baja calidad. Contenía algo más, empero. En el centro del envoltorio, en medio de las pieles, un paquete de unos centímetros hecho con recio papel de embalaje. Los dedos de Johnny rasgaron el papel. Dentro encontró una masa de polvos blancuzcos apretados hasta formar casi una pastilla. Se llevó una pizca a la lengua para probar el sabor.

Cocaína. Estaba ya claro en qué consistía el negocio de Jones.

En un momento abrió el detective todos los fardos. Solamente la mitad de ellos contenían paquetes de cocaína, pero la cantidad importaba una fortuna. Jones debía saber de sobra lo que era dinero.

De pronto, los ojos de Johnny se fijaron en algo. Una etiqueta rasgada. Se hallaba en el suelo, detrás de uno de los fardos. La cogió, la examinó, y una expresión de cólera se extendió por su rostro.

Todos los fardos semejaban haber llevado adherida una etiqueta igual: la huella que dejaron al ser arrancadas era visible y coincidía con el fragmento que el detective tenía en la mano. Un rectángulo de papel que expresaba el nombre del buque en que se efectuaba el envío, la empresa armadora, el nombre del expedidor, la fecha de expedición y el nombre del destinatario. Este era F. H. Jones; el expedidor, R. M.

Stoneham, de Algoma, Ontario, Canadá; el buque era el *Narruganset*.

La casa armadora era la Compañía Inversora Limitada. Bajo este nombre operaban, como Johnny sabía, Dudley J. Chase y Howard Stapleton.

¿Una casualidad?

Imposible. En otras circunstancias hubiera sido verosímil que un tal señor Stoneham enviase un alijo de estupefacientes a un tal señor Jones sin conocimiento de la empresa armadora del buque en que se efectuaba el envío. En el caso presente, era demasiada coincidencia. Jones no podía ser otro que el propio Chase, quien habría dado a Margo Bannister el número de teléfono del almacén, además del de su domicilio, para concertar su cita. ¡El inevitable Chase! Su proceder podía explicarse de muchas maneras una de ellas, la más lógica, suponiendo que contaba con hallarse en el tinglado, esperando la mercancía, a la hora convenida para hablar con la muchacha. Ante unas faldas perdía Chase la prudencia y el tino.

O no. O acaso había algo más, algo oscuro todavía. Acaso Chase había estado jugando con él, con Johnny, un doble o un triple juego. Margo no era un *flirt* de ocasión, no era ni siquiera la artista en busca de contrato que simulaba ser. Era una persona estrechamente relacionada con el tráfico de estupefacientes. Chase tenía con ella negocios, no amoríos. Y la había matado. Y había montado el aparato escenográfico deliberadamente para engañarle a él, narcótico en el champaña inclusive, ¡y él había borrado sus huellas dactilares y le había amparado como un tonto!

Chase había matado a Margo Bannister por una cuestión de intereses, por una diferencia o una rivalidad en el negocio. Lo demás, ¡hasta los anónimos!, podía no ser sino teatro.

¡Un «destructor constructivo», un cobarde, un emotivo, un asesino en potencia!

Johnny estaba ensimismado, dando vueltas mentalmente a sus pensamientos, cuando un rumor atrajo su atención.

—¡Eh, quieto! —gritó.

El guardián, repuesto ya de su desmayo, se había deslizado sigilosamente hasta la puerta y la abría para escapar al exterior. Johnny no pudo impedirlo. Se precipitó en pos de él, pero al llegar a la puerta el hombre había desaparecido de Sideroad, y aunque recorrió un centenar de metros a derecha e izquierda no alcanzó a distinguirlo. Concluyó encogiéndose de hombros. El rufián no le interesaba por lo que pudiera saber, suponiendo que supiera algo. Otras cosas le interesaban mucho más.

Regresó al tinglado y examinó lo que le quedaba por ver: el cuarto y la oficina. En el cuarto habitaba Joe. Sus ropas pendían de una percha, y

guardaba algunos efectos y unas cuantas revistas cómicas en un cajón. Dormía en un catre.

En la oficina, salvo el calendario, el escritorio —completamente vacío— y una silla, no había nada. Sobre el escritorio estaba el teléfono. Ceñudo, Johnny lo levantó y marcó el número del despacho de Chase.

Contestó Nancy.

—Nena, ¿sigue ahí Stapleton?

—Acaba de marcharse.

—¿Dónde le encontraré?

—En su casa, dentro de media hora.

—Dame sus señas.

—Sesenta y dos, avenida Greenwald. Johnny, ahora sí ocurre algo grave, ¿verdad? ¿Verdad, Johnny?

Puede ocurrir —gruñó el detective—. Pasaré luego por ahí. Espérame, aunque tarde. Ten preparada una carta de Chase, o algún manuscrito suyo.

—¿Del señor Chase?

—Sí.

—Johnny, ¿y lo de Celia Blackmon? Habíamos con venido...

—¿Es realmente importante, muñeca?

—¿Cómo puedo saberlo? Eras tú quien mostraba interés por esa mujer.

Conforme. Averigua lo que deseabas averiguar, o compruébalo, o haz lo que pensabas hacer. Yo necesito hablar con Stapleton cuanto antes. Nos veremos ahí o en tu casa. ¿Dónde prefieres?

—En mi casa. Dentro de hora y media.

Johnny depositó el teléfono en su horquilla.

Se oprimió las sienes con las manos. Su cabeza era una especie de coctelera de ideas, pero ignoraba aún de qué color saldría el cóctel. Lo que sabía a ciencia cierto era que, si Chase había organizado aquella sangrienta farsa y había jugado cínicamente con él, se lo haría pagar, ¡y no precisamente en dinero!

Por supuesto, era mentira que Chase estuviera asustado, y si no lo estaba se derrumbaba todo lo demás. ¿Para qué quiso un guardaespaldas? Prescindió tranquilamente de él en su cita con Margo Bannister; prescindió en su visita al tinglado; prescindió cuando le convino. Johnny descubriría ahora, demasiado tarde, que había llevado una venda en los ojos. Una venda de doscientos cincuenta dólares diarios.

La conducta del millonario había de tener, ciertamente, un motivo. Johnny no sabía cuál aún, como no fuera que Chase se hubiese propuesto cubrir las apariencias ante alguien. Ante su socio Stapleton, por ejemplo, que era quien, precisamente, le había aconsejado que

contratase a un detective.

Plantado en medio del almacén, con los brazos en jarras, Johnny se preguntó qué era lo que debía hacer. Tenía delante un auténtico tesoro: el alijo de cocaína. Era una prueba importante, pero no la que él necesitaba; no hundiría a un asesino con aquello. Era, en cambio, un peligro. No podía dejarla allí. No podía avisar a la policía y desencadenar tan prematuramente un terremoto. No podía permitir que Joe, u alguien advertido por Joe, volviese por ella.

Tomó, pues, los paquetes y los arrojó, uno por uno, al agua. Luego se marchó. Montó en su coche y se dirigió a la avenida Greenwald.

Habían transcurrido entre veinte y veinticinco minutos desde que hablara con Nancy cuando detuvo el «Chevrolet» ante el número 62 de la avenida. Estaba en la zona más lujosa de Chicago, pero no esperaba lo que vió. Stapleton no le había dado motivos para esperarlo. La casa no tumbaba de espaldas, no era, como tantas otras, un monumento al dinero. Era una residencia señorial estilo 1800, con el edificio formando esquina y un jardín interior que, en la parte que llegaba hasta la calle, aparecía protegido y oculto por una hermosa verja de hierro y un espeso seto de cipreses. Era la clase de residencia frecuente en el antiguo Nueva York, pero no en Chicago, que la gente tipo Vanderbilt o tipo Morgan encargaba a fines de siglo a los arquitectos ingleses. Era el hogar de un hombre que no gastaba el dinero como desde 1900 había enseñado a gastarlo Hollywood.

Stapleton no estaba en casa. El alto y flaco mayordomo, negro, de cabello gris, dijo que confiaba en que no tardaría.

—¿Su nombre, señor?

—Stokes.

—Por aquí, señor Stokes.

Johnny se acomodó en una sala de espera bien alfombrada, bien amueblada, bien tapizada. Había cuadros por las paredes. Auténticos impresionistas franceses, con el nombre del artista y el año en que fueron pintados inscrito en una placa de metal.

Un cuarto de hora después se abrió la segunda de las dos puertas de madera labrada que la sala tenía. Stapleton, alto y elegante, apareció en el umbral. Su actitud reflejaba preocupación.

—Me alegra infinito verle, Stokes —dijo con voz cansada—. Pase, por favor.

Y Johnny pasó a su despacho.

Capítulo XI

EN silencio, Stapleton preparó dos whiskys. El detective miraba en torno. Siempre había admirado las cosas bellas, y el despacho era bello.

El financiero le tendió el vaso. Dijo:

—¿Cuánto va a durar esta situación? No le recrimino, Stokes, pero ¿qué es lo que se propone?

—¿A qué se refiere?

—A la desaparición de Dudley. Su manera de comportarse es ridícula, y, por añadidura, arriesgada. La policía le busca; no oficialmente aún, si bien no tardará en ventilarse todo... He hablado con el teniente Allen. No parece caber duda de que Dudley cenó anoche con una muchacha que murió asesinada. Su ausencia le compromete de manera lamentable, e indirectamente le compromete a usted.

Johnny, pensativo, daba vueltas al vaso entre sus manos.

—Entérese —dijo al fin—, Chase me llamó por teléfono la pasada madrugada pidiéndome ayuda. Un par de días antes había conocido en el estudio del pintor Chabannes a una muchacha llamada Margo Bannister, recién llegada de Las Vegas, donde bailaba en un club nocturno. Aquella noche debían cenar juntos en el apartamento de la muchacha. Chase, durante la cena, se sintió incomprensiblemente embriagado y se durmió. Al despertar tenía junto a sí a Margo Bannister, muerta, con un cuchillo clavado en la espalda. Huyó del apartamento, dejando sus huellas dactilares por doquier, olvidando su sombrero y el reloj que acababa de regalarle a la pobre chica. Yo me reuní con él, fui al apartamento, puse un poco de orden y escapé en el momento en que llegaba la policía, a la que Chase no había avisado. Le aconsejé que saliera por un tiempo de la ciudad —el detective se encogió de hombros—. Así son las cosas, según su socio las presentó.

—Usted le aconsejó que se ausentara —repitió Stapleton, mirándole fijamente—, ¿No creyó, pues, que hubiera matado a esa joven? Imaginaba algo parecido...

—No lo creí en aquel momento. Chase había estado recibiendo los anónimos. Su copa de champaña, en el apartamento, contenía una dosis de narcótico. Nadie excepto él sabía que Margo Bannister había sido asesinada, y sin embargo alguien avisó a la policía. Todo parecía indicar que se le había tendido una trampa para achacarle el crimen, trampa

que, a última hora, por un azar, por una deficiencia del narcótico, falló. Pensé que el autor de los anónimos había descargado su golpe; no matando a Chase, sino actuando de una manera refinada, demostrando un sadismo anormal, para que a Chase lo matara la silla eléctrica y pagase con un delito del que era inocente los muchos en que era culpable y habían quedado impunes.

—¡Descabellado, Stokes! —exclamó fríamente Stapleton.

—¿Por qué? El criminal pudo actuar en complicidad con Margo Bannister, induciéndola a cenar a solas con Chase y a narcotizarle, sin revelar, naturalmente, sus verdaderos propósitos. Cuando Chase estuvo dormido, la muchacha avisó al criminal, y éste acudió al apartamento y la mató. Luego avisó a la policía.

Stapleton bebió un sorbo de whisky. Fruncía el entrecejo.

—Bien, quizá sí. ¿Ha trabajado usted sobre esa hipótesis?

—En efecto.

—¿Ha descubierto algo?

—He descubierto —dijo Johnny lentamente— a F. H. Jones.

El financiero contuvo un segundo la respiración.

—¿A quién?

—A un tal Jones, dueño de un almacén en los muelles, número dos seis seis de Sideroad. Trae pieles del Canadá a bordo de buques cuya casa armadora es la Compañía Inversora Limitada.

—Jones —murmuró Stapleton. En sus ojos se había encendido una luz de curiosidad—. Jones, de la North Trade. Recuerdo su nombre. Es uno de nuestros clientes, sí. ¿Y bien?

—Celebro que admita usted conocerle. En el interior de los fardos de pieles vienen con regularidad paquetes de cocaína.

Stapleton abrió la boca. Tanteó con la mano, encontró el respaldo de un sillón y se sentó en éste. Estaba pálido, más que asombrado, aterrorizado.

—¿Qué dice, Stokes? ¿Cocaína?

—¿Usted lo ignoraba?

El financiero no contestó.

—¡Hable! —exigió Johnny—. ¿Lo ignoraba?

—No sé qué decirle... Tengo hace tiempo la impresión de que nuestros negocios... En fin, ¡hay tantas cosas que no son como uno desearía! Lo ignoraba, por supuesto. Pero ¿entiende usted?, lo temía, en el caso de la North Trade o en otro cualquiera.

—¿Por qué?

—Por el carácter de Dudley. Por sus inclinaciones.

—¿Quién es F. H. Jones?

—No lo sé. Nunca le he visto.

—¿Sugiere que se relacionaba con ustedes a través de Chase, y que las inclinaciones de éste son hacia la ilegalidad y los negocios sucios?

—Eso no puedo negarlo.

—¿Y las inclinaciones de usted no?

—No soy un santo, Stokes. Me gusta jugar fuerte. Pero ¡qué diablo!, tengo límites, y nunca me he atrevido a decir si Dudley los tiene o no. Sospecho que no los tiene, la verdad.

—¿Ni siquiera ante el asesinato?

La mano con que Stapleton sostenía el vaso tembló.

—No lo tome como traición a una amistad o como un intento de difamación. Trato de ser realista. Quiero resolver nuestro problema. Y mi idea, una idea que me turba hace tiempo, es que la obsesión de Dudley por las mujeres y la vida disipada revela la existencia de una grave anormalidad mental. Siempre me ha angustiado el temor de que sus excesos le llevan a cometer una barbaridad.

Stapleton asintió sombríamente.

—He sentido que el mundo se hundía bajo mis pies cuando la policía me ha informado de la relación entre Dudley y la joven asesinada. He descubierto súbitamente que, sin recordarlo, estaba esperando algo así.

—O sea, que usted supone a Chase culpable.

—¡Stokes, le ruego que no me obligue a concretar! Yo no sabía que existieran esos indicios de una maquinación criminal, de una trampa... Sin embargo, aun sabiendo que existen, ¡suena tan melodramática la hipótesis! Creo que... si Dudley viniera y yo hablase con él...

—Si es culpable, no vendrá; si no lo es, no debe venir.

—Todo eso, ¿qué tiene que ver con Jones y la North Trade?

—Margo Bannister llevaba anotados en su agenda algunos números de teléfono. Uno era el del tinglado de Jones.

Hubo un largo silencio. El financiero, atónito, mantenía la vista fija en el vacío.

—No comprendo —articuló, al fin—. ¿Cómo explica usted eso?

—Suponiendo que Jones y Dudley Chase son la misma persona. Chase necesitaba concretar los detalles de su cita con la muchacha y, al propio tiempo, debía hallarse presente en el almacén para recibir un importante lote de mercancía. Dio a Margo el teléfono del muelle para que le llamase allí. Esta es una de las explicaciones.

—Pero ¿no vigilaba usted a Dudley?

—Desde hace unos días, solamente cuando me lo ordenaba él. Otra explicación es que Margo Bannister se hallara ligada al tráfico de cocaína, que su relación con Chase fuera comercial. En uno y otro caso pudo él haberla matado o ser, con todo, víctima de una maquinación. Me ha parecido necesario informar a usted y, naturalmente, pedirle ayuda... Es preciso investigar el asunto de Jones a fondo. O lo hacemos

nosotros, o la policía lo hará en nuestro lugar. Yo no quiero comprometerme en una porquería de esa índole.

—Cuenta conmigo —asintió Stapleton—, ¿Dónde está Dudley? ¿Lo sabe usted?

—Si ha seguido mis instrucciones, sí.

—Debemos ir a su encuentro, o por lo menos debe ir usted. Me atrevo a afirmar que, convenientemente hostigado, lo confesará todo. No tiene escapatoria. Y muy en especial, es ya imprescindible que me otorgue poderes para salvar el negocio del naufragio. Imprescindible, urgente, apremiante. No puedo consentir que sus locuras me arruinen a mí. Bastante grave será la situación cuando se...

—De acuerdo —atajó Johnny—, Es imprescindible para usted. Para mí, lo es saber quién y por qué ha matado a Margo Banister. Chase es mi cliente. Llevo el asunto a mi manera.

Stapleton suspiró.

—Un hombre terco es peor obstáculo que una muralla. Haga lo que guste. Pero explíqueme, antes, por qué supone que la North Trade se dedica al tráfico de estupefacientes.

—¿Suponerlo? No lo supongo —Johnny apuró su vaso de whisky y lo depositó sobre una mesa—. He visto la cocaína en el almacén. Miles de dólares de cocaína.

—¿Sigue allí?

—La he echado al agua. Señor Stapleton, ¿es usted franco conmigo?

—¿Lo duda?

—Sí, lo dudo. No me impresionan sus protestas de honradez. Conozco lo que usted y Chase hicieron con la Artytex, con Blackmon, con Flapp y con Bill Gruber. Lo hicieron juntos. Pueden haber estado haciendo juntos lo de la North Trade. Nada prueba que no.

—Tendrá que creerme bajo palabra.

—O no creerle bajo ningún concepto. Posiblemente veré a Chase esta noche. Sólo coincido con usted en que es preciso ir a su encuentro y exigirle una confesión. De lo que no estoy seguro es de que sea una confesión de asesinatos. Hasta luego, señor Stapleton.

Stapleton, hundido en el sillón, extendió la mano para oprimir el botón de un timbre.

—Infórmeme. El mayordomo le acompañará a la puerta.

Lo último que Johnny vio de él, antes de abandonar el despacho, fue su larga y aristocrática cara, blanca como el papel, contraída en una mueca de pesadumbre.

Había cerrado la noche. El detective se detuvo un instante junto a su coche para encender un cigarrillo. Luego montó y puso el motor en marcha. Partió a medio gas avenida abajo, entre las lujosas residencias de la vía más elegante de la ciudad.

Iba a tomar por una callejuela cuando algo duro le tocó la nuca. Estuvo a punto de dar un salto.

—Siga recto —ordenó una voz aguardentosa.

Era la inconfundible voz de Joe, el guardián del almacén.

—¿Qué demonio...?

—¡Cierre el pico y obedezca!

Una enorme y velluda mano se apoyó en su pecho, tanteó y extrajo la pistola de su funda axilar. Johnny no opuso resistencia: sabía que otra pistola apuntaba a su nuca. El rufián había procedido con felina cautela, surgiendo del espacio trasero del coche sin el más leve rumor, ni siquiera el de su respiración. Era probablemente un enemigo mucho más peligroso de lo que en el tinglado había demostrado ser.

—Siga. Hasta el extremo de la avenida. Luego, a la derecha.

Johnny oprimió con fuerza el volante entre sus dedos. Hasta el extremo de la avenida, y luego a la derecha, era rebasar el barrio residencial y salir a despoblado por la carretera de Mundigo Valley.

—No cometa un error del que pueda arrepentirse —dijo—. No tengo nada contra usted, Joe. Usted me atacó. Le hice el menor daño posible, dadas las circunstancias.

—¡Cierre el pico! —repitió el hombre.

Las ideas se agolpaban en la mente del detective. ¿Cómo se había ocultado el vigilante en su coche? ¿Cómo le había seguido desde el muelle? ¿Para qué? ¿Únicamente para vengarse de que le hubiera zurrado?

Trató de concentrarse en la conducción, pero le fue imposible. Las ideas crecían, se movían, giraban, comenzaban a unirse unas contra otras, tomaban un orden determinado... ¡Un orden! ¡Un orden lógico!

A la memoria de Johnny volvieron súbitamente cosas olvidadas, cosas a las que no concediera importancia cuando se produjeron. Apretó los dientes. Le habían tomado por un estúpido, y durante mucho tiempo dio la razón a quienes le juzgaron de tal modo. Pero no era un estúpido. Ya no. Todo cambiaría ahora. No era tarde aún. Una bestia irracional como Joe no detendría el curso del destino.

—¡Le he dicho que a la derecha!

Viró a la derecha.

—¡Más deprisa!

¿Por qué no? Cuanto antes mejor.

El Chevrolet volaba por la calle solitaria, recto hacia el límite de la ciudad. Johnny sonreía. Terminó la urbanización y comenzaron los solares. La calle desembocó en la carretera en el punto donde ésta, procedente del sur, describía una curva para continuar hacia el noroeste. Las farolas del alumbrado público desaparecieron.

Un minuto. Dos. Cinco. Un parador profusamente iluminado quedó

atrás. Otros cinco minutos. Seis. Siete.

—¡Pare! —ordenó Joe.

Era el momento.

Johnny entró en acción fulminantemente. Apretó el freno y efectuó una violenta maniobra. El coche giró sobre sí mismo, dio un tremendo bandazo, los neumáticos lanzaron un agudo chirrido. Antes de que hubiera cesado la marcha, soltó Johnny el volante, encogió la cabeza y se tumbó de costado en el asiento. Oyó a Joe jurar. Advirtió que perdía el equilibrio y se estrellaba contra una de las portezuelas, mientras que el «Chevrolet», libre del freno y dotado todavía de velocidad, salía de la carretera y saltaba como un carnero sobre las escabrosidades del terreno inmediato.

En el curso de un mismo movimiento pasó el detective por encima del respaldo del asiento, se dejó caer con todo su peso sobre Joe y abrió la portezuela de su lado. El impulso los arrastró a él y al rufián al exterior. Todo ocurrió con rapidez vertiginosa y, en el momento, Johnny no supo exactamente lo que pasaba. Estaba encima de Joe, atenazándole el cuello y dispuesto a impedirle el uso de cualquier arma, cuando oyó al hombre lanzar un espeluznante alarido. Notó que su cuerpo se contraía en una especie de convulsión agónica, y que la convulsión cesaba con el terrible «crac» de un hueso quebrado.

Joe, derrumbado, vacío, inerte, emitía roncós gritos de dolor. El detective descubrió la causa al volver la cabeza: el auto había continuado su avance todavía unos metros, y su rueda trasera, pasando sobre la pierna del hombre, y hallándola en forzada posición, la había roto como si fuera una caña.

—Lo siento —murmuró Johnny.

El rufián había perdido todo espíritu belicoso. Había incluso soltado las pistolas, la suya y la del detective, para oprimirse con ambas manos la pierna herida.

Johnny cogió su propia pistola, empuñándola por el cañón, y sin titubear, le pegó un culatazo en el cráneo. Cesaron los gritos. El hombre quedó inmóvil.

Puesto en pie, el detective se sacudió el polvo de las ropas. Se dirigió al coche, empuñó los mandos y maniobró para devolverlo a la carretera. Luego arrastró a Joe hasta el vehículo y lo instaló en el asiento delantero.

Ocupó su propio puesto ante el volante. Empezó el regreso a la ciudad.

Hizo alto en el parador y, abandonando a su inconsciente compañero de viaje, se metió en la cabina telefónica. Una vaga sonrisa flotaba en sus labios mientras marcaba el número del Departamento Central de policía.

—Homicidios —pidió. Y luego—: ¿Es el teniente Allen quien se encarga del caso de Margo Bannister? ¿Está ahí?

Era él, pero no estaba.

—Avísenle. Llegaré dentro de quince minutos para efectuar una declaración importante. Preparen, de paso, un médico. Llevo un herido.

—¿Quién es usted?

Johnny cortó la comunicación sin contestar.

Empleó diecisiete minutos en llegar al departamento, período durante el cual no dio Joe otra señal de vida que su respiración estertorosa. Apenas hubo detenido el coche, un detective y dos agentes se situaron junto a la ventanilla. Era evidente que habían estado acechando su llegada.

—¿Es usted quien ha llamado al teniente Allen?

—Sí. Traigan una camilla. Ese hombre tiene la pierna rota.

—No se preocupe —dijo el detective—. Venga conmigo. El teniente espera.

Allen esperaba en su despacho. Era joven, de facciones aquilinas y ojos grises. No saludó. No pronunció palabra hasta que Johnny hubo depositado sobre la mesa su licencia profesional.

—Un privado —murmuró entonces—. Stokes. No me suena el nombre. Creo que no nos hemos encontrado antes de ahora.

—Nunca. Suelo trabajar en seguros.

Los ojos grises perforaban como agujas.

—Usted ha dicho por teléfono que tenía algo que declarar respecto al caso Bannister. ¿Por cuenta de quién trabaja?

—De Dudley J. Chase.

Allen sacó el labio inferior. No demostró gran interés. Se inclinó hacia un lado y movió la clavija de un magnetófono.

—Mi intención —dijo Johnny—, es dar a usted una idea de cómo han ocurrido las cosas. Acabo de ver claro el asunto y tendré que improvisar buena parte de las explicaciones, pero confío en que el resultado le sirva de base teórica para preparar la acusación.

—Desde el punto de vista más favorable a Chase, naturalmente.

—Desde un punto de vista objetivo. Chase carece de escrúpulos, es un filibustero de los negocios; no afirmo lo contrario, y si no sabía usted que lo fuera, se lo digo yo. Pero no ha matado a Margo Bannister.

El teniente agitó la mano.

—No era mi propósito interrumpirle. Adelante con su historia.

—Chase es director de la Compañía Inversora Limitada, que posee en sociedad con Howard Stapleton. Su función de director gerente no es simbólica, sino efectiva. Chase actúa, decide, lucha, y es el elemento pensante, el cerebro, el estado mayor. O mucho me equivoco, o fue

Chase quien aportó a la sociedad el grueso del capital con que inició sus operaciones. Tiene en sus manos las riendas del negocio, y acaso engulla también los mayores bocados. No se deja pisar por nadie. Es ambicioso, inflexible, astuto, y carece de piedad natural.

»Como comprenderá, junto a un hombre así, Stapleton se encuentra inevitablemente relegado al segundo plano. Pero él es tan codicioso como Chase, y además soñador, emotivo, cultivado, dotado de temperamento artístico. Sólo le frena su cobardía, su íntima cobardía, que no logra vencer sino con tremendo esfuerzo de voluntad. Rebelde y destructor en el fondo, hace ya tiempo que intenta abrirse su propio camino sin reparar en si los medios son legales o ilegales. Esto le ha colocado en posición difícilísima ante la Compañía Inversora. El día en que Chase descubra sus manejos, lo cual, a juzgar por los síntomas, está a punto de ocurrir, Stapleton tiene, como financiero, su sentencia de muerte dictada.

—¿Cuáles son sus manejos?

—No conozco más que uno: contrabando de estupefacientes.

Los rasgos del policía se endurecieron.

—Siga.

—Las circunstancias colocaron a Stapleton frente a la disyuntiva de eliminar a su socio o hundirse. Optó por lo primero. Cierta día, un incendio destruyó una fábrica adquirida por la sociedad, y más de mil obreros quedaron sin trabajo. Stapleton aprovechó la ocasión. Comenzó a enviarle a Chase torpes anónimos amenazadores y le inculcó la idea de que procedían de alguno de aquellos obreros, descontento por la nula caridad que Chase demostró ante su tragedia. Al poco tiempo, para alejar de sí toda sospecha, sugirió a su socio que contratase a un detective. No era, a su modo de ver, una sugestión arriesgada. Conocía a un detective de quien ningún riesgo podía emanar. Se lo había descrito como un hombre demasiado joven, demasiado torpe, demasiado ingenuo, demasiado obstinado y demasiado idealista. Ese detective — Johnny hizo una mueca— era yo. Chase me contrató para que defendiera su vida. Por su parte, Stapleton me dio a entender desde el principio que los anónimos carecían de importancia y que el único motivo de que hubiera aconsejado a Chase más servicios era tranquilizar el ánimo turbado de su socio.

—Si Chase tenía turbado el ánimo, ¿por qué no nos informó a nosotros de que recibía anónimos?

—Porque con ello habría puesto al alcance de ustedes toda la porquería que podía haberlos inspirado. No. Chase se convenció de que no necesitaba sino un guardaespaldas. Pero los anónimos duraron tanto y se hicieron tan amenazadores, que llegó a asustarse de verdad. Esto le transformó. El miedo a la muerte acicateó su conciencia. Vio que había causado mucho mal, y se propuso remediarlo. Hizo testamento. Creó

una institución benéfica que, a su muerte, debía fundarse con los bienes que poseía, bienes que liquidarían y administrarían un hombre de ciencia, un abogado y un clérigo.

»El testamento, sin él saberlo, le salvó la vida. Stapleton, que se disponía a eliminarle definitivamente, se culero de pronto de que un triunvirato de personas honestas intervendría en la disolución de la sociedad apenas Chase cerrara los ojos. Ello le ataba las manos, le impedía tapar el hueco abierto por sus especulaciones.

Si mataba a Chase encontraría un obstáculo mayor.

»En consecuencia, suspendió los anónimos y elaboró un nuevo plan. Atacó a Chase por su punto débil: las mujeres. El arma fue Margo Bannister. Ignoro cómo, cuándo ni dónde se relacionó Stapleton con la muchacha. Pero Margo tenía muchas ambiciones y muy poco dinero, así que era fácil de manejar con promesas. Stapleton la instruyó para que trabase amistad con su socio. Conseguido esto, la instaló en un apartamento donde ella y Chase pudiesen cenar a solas. Fuera fingiendo que preparaba una broma, fuera con cualquier pretexto, convenció a aquella estúpida criatura de que narcotizase a su huésped mezclando noctalita con el champaña. Margo le llamó cuando Chase se hubo dormido, y Stapleton acudió y la mató. Algún tiempo después avisó anónimamente a ustedes de que en el apartamento se había producido un asesinato.

«Aquella farsa, en la que Stapleton no vaciló en sacrificar a una desdichada inocente, que ningún daño le había causado, tendía hacia un objetivo muy simple: retirar a Dudley Chase de la circulación. Si moría en la silla eléctrica, tanto mejor; pero, si no moría, la detención, el proceso y la condena le inhabilitarían para dirigir el negocio. Stapleton no pretendía más que una cesión de poderes a su favor, y un margen de tiempo para aclarar sus embrollos y disimular sus estafas. Esto le corre una prisa espantosa. La cesión de poderes está tratando desesperadamente de conseguirla desde esta mañana...

—¿Margo Bannister fue asesinada a sangre fría sólo por eso? —exclamó Allen—, ¿Pretende usted presentarme a Howard Stapleton como un monstruo?

—Es un monstruo —asintió el detective—; un miserable epileptoide, cobarde, roído por la codicia y la ambición,

—Se necesita una base para acusarle, Stokes.

Johnny se encogió de hombros.

—Stapleton ha estado introduciendo cocaína en Chicago valiéndose para ello de los propios barcos de la sociedad, consignándola a una supuesta compañía North Trade, dirigida por un supuesto señor Jones. Jones y la North Trade eran él. Operaba desde un tinglado del muelle. Obligado a recibir con urgencia noticias de Margo Bannister, cometió la

imprudencia de darle el número de teléfono del tinglado, que la chica anotó. Siguiendo por azar la pista de este número, yo he estado esta tarde allí. Había un guardián. Me ha acometido, le he derribado y ha emprendido la fuga. Naturalmente, ha ido a prevenir a Stapleton, y cuando luego he visitado a éste, se hallaba en guardia contra mí. Antes de recibirme ha enviado a su hombre a ocultarse en mi coche. El imbécil ha vuelto a atacarme al salir yo de la casa... Le he traído con la pierna rota. No creo equivocarme al suponer que la intención de Stapleton era hacerme secuestrar para arrancarme por la violencia el paradero de Dudley Chase. Su necesidad de obtener la cesión de poderes es angustiosa. «Imprescindible», «urgente», y «apremiante», fueron las palabras que él mismo empleó.

Allen miraba fijamente al rostro del detective.

—Todo eso, Stokes, suena bastante convincente, pero carece de consistencia real.

—No olvide que he prometido únicamente procurarle una base teórica para su trabajo. Interrogue a Joe, el sujeto de la pierna rota. Haga venir a Stapleton... Stapleton es un pobre cobarde. Se fundirá como un trozo de manteca apenas se vea perdido.

—Lo intentaré —asintió el teniente.

Johnny consultó su reloj. Preguntó:

—¿Puedo marcharme?

—¡Ni hablar! Su historia está llena de puntos oscuros, el de la cocaína y el del paradero de Chase entre ellos. No saldrá de aquí hasta habérmelos aclarado todos.

—Permítame llamar por teléfono, entonces.

Allen empujó el aparato a través de la mesa. Sentado en un ángulo de ésta, el detective marcó el número de Nancy. Cerró los ojos para concentrarse en su re cuerdo cuando oyó su voz.

—No puedo ir ahora, nena —dijo—. Prohibición oficial.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo. Espérame. Nos veremos más tarde.

—Johnny, tengo el manuscrito del señor Chase. Y me han confirmado lo de Celia Blackmon.

—¿Qué es?

—Vive en Chicago. Ha vuelto a casarse. Su actual marido...

Johnny sonrió.

—No importa ya. Quema el manuscrito y olvídate de Celia Blackmon. Prepara un buen cóctel. Ponte tu mejor vestido. Ensayá una sonrisa para recibirme... Muñeca, hasta muy pronto.

—Mi nombre es Nancy —dijo la muchacha.

Con la cabeza inclinada, sonriendo, él depositó el teléfono en su horquilla. «Nancy...», repitió para sí. Acostumbrarse a aquel nombre no

sería difícil.

Mucho menos difícil que acostumbrarse a poseer un «Chevrolet», un apartamento en Lakeview Bulevar, una oficina en el La Java Building y cien mil dólares en cuenta corriente. Jamás había supuesto que el trabajo de un hombre condujese a tanto.

No a los cien mil dólares, al coche y a lo demás. No. A tanto como a Nancy.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.